

BOLSILIBROS BRUGUERA
SS
SERVICIO SECRETO
CERCO DE METRALLETAS
a. rolcest

Las olas fueron empujándola a tierra. Una tuvo más fuerza que las otras y levantó el cuerpo pasándolo por encima de pequeñas rocas que emergían de la arena.

Suavemente lo depositó en el sitio más blando, donde había más arena, y se retiró. A partir de ese momento las olas fueron perdiendo fuerza, en plan de retirada.

Un rato más tarde, cerca de la playa se detenía un coche. Se apeó una pareja, los dos en traje de baño. Eran muy jóvenes.

Fue la mujer la primera que se acercó al agua, corriendo. De pronto se detuvo y miró a un lado. Enseguida soltó un grito.

—¡Dick! ¡Una mujer muerta…!



A. Rolcest

Cerco de metralletas

Bolsilibros - Servicio Secreto - 765

ePub r1.0
Editor 09.11.17

Título original: *Cerco de metralletas*
A. Rolcest, 1965
Cubierta: Rafael Cortiella
ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

Las olas fueron empujándola a tierra. Una tuvo más fuerza que las otras y levantó el cuerpo pasándolo por encima de pequeñas rocas que emergían de la arena.

Suavemente lo depositó en el sitio más blando, donde había más arena, y se retiró. A partir de ese momento las olas fueron perdiendo fuerza, en plan de retirada.

Un rato más tarde, cerca de la playa se detenía un coche. Se apeó una pareja, los dos en traje de baño. Eran muy jóvenes.

Fue la mujer la primera que se acercó al agua, corriendo. De pronto se detuvo y miró a un lado. Enseguida soltó un grito.

—¡Dick! ¡Una mujer muerta…!

La verdad era que tal como la había dejado el mar, parecía dormida, con la cabellera de oro esparcida sobre la arena.

Estaba completamente desnuda. No era muy bonita, por lo menos no lo parecía en aquel momento en que la muerte había contraído su rostro. Pero su cuerpo estaba muy bien delineado.

Dick acudió al lado de su pareja. Después de unos momentos de total silencio, dijo:

—Vamos a avisar a la policía.

La primera reacción de la joven fue de miedo.

—¡Esto nos estropeará las vacaciones! ¡No estamos para líos! El la miró con severidad.

—Peor sería que se descubriera que hemos estado aquí y no hemos cumplido como honrados ciudadanos.

—Tienes razón.

Ya junto al coche, la joven sacó una manía y se la dio a él.

—Cúbrela.

—Iba a sugerírtelo.

Dick retrocedió a donde estaba el cadáver y extendió sobre él la manta. Un rato más tarde entraban en Miami y daban cuenta a la policía.

—¿Y qué han hecho? —preguntó el teniente jefe de aquel departamento.

—Cubrirlo —contestó la joven—. ¡Daba lástima!

—¿Hemos hecho mal? —preguntó Dick.

—Si se han limitado a eso, no. ¿Había huellas en la arena?

—No. Sólo las que dejamos nosotros.

Un auxiliar del jefe se encargó de anotar la dirección de la joven pareja. El teniente, James Huston, seguido de tres subordinados, se trasladó al lugar que la joven pareja había señalado.

Antes de levantar el cadáver, auxiliares técnicos de la policía tomaron toda clase de datos que el cuerpo y el lugar donde había sido hallado les podía facilitar.

El forense, en el mismo sitio en que fue encontrado el cadáver, pudo aventurar que no se trataba de un suicidio.

—Yo no pensaba en eso —dijo el teniente Huston.

—¿No? Porque no ha reparado en esto —y señaló el brazo y el muslo, donde se apreciaban señales de aguja hipodérmica.

Efectivamente, el teniente Huston no se había fijado en las «picaduras» del fatal mosquito de las drogas. De haberlo visto se hubiera inclinado a pensar que era uno de tantos desesperados que había buscado la muerte como puerta de escape a la condena en que vivían.

—Drogada, sí… Pero sospecho que después de muerta. Lo averiguaremos —dijo el doctor.

Horas más tarde el teniente Huston tenía un detallado informe sobre la forma en que había muerto la mujer. Fue fácil, también, identificarla.

Sus huellas dactilares señalaron la ficha de Mary Dolgin, ex convicta de una cárcel de California, donde por buena conducta sólo cumplió año y medio de condena. Fue condenada a tres años, por traficar en drogas, en pequeña escala, en el club nocturno donde trabajaba.

El sobrenombre de la víctima dejó pensativo al teniente Huston.

—«Ojos de Miel»… ¿Quién me habló estos días de una muchacha que llevaba ese nombre?

Enseguida hizo un gesto de contrariedad. Y cogiendo el teléfono rezongó:

—¡El cargante de Alb tenía que ser!

Alb Kerley era la pesadilla de las comisarías. Un magnífico periodista, un muchacho valiente y desprendido, pero cargante, obstinado, que no hacía migas ni con su propia sombra si se le metía entre ceja y ceja, que la cara de un asunto tenía otra que no se presentaba a la luz pública.

Precisamente por «Ojos de Miel» el teniente Muslos había tenido una discusión más con el periodista Alb Kerley.

Por rara casualidad, encontró al reportero en la redacción de su periódico, lugar donde casi nunca estaba. Desde cualquier club o garito de ínfima categoría enviaba sus reportajes.

—¿Para qué me llama? Si es para detenerme, deme tiempo para que escriba mi última obra maestra… —dijo desde el otro lado del teléfono una voz despreocupada.

—Es para que hablemos de «Ojos de Miel».

—¡Estoy ahí en un minuto!

Apenas transcurrieron cinco, cuando Alb Kerley entraba en el despacho del teniente Huston.

—¿Qué le ha ocurrido, teniente?

El policía era de más edad que el periodista. Huston se quedó mirándolo. Alb era de rostro simpático, de buena talla, y ojos oscuros, de una viveza extraordinaria.

Corrientemente su expresión era de guasa. Pero esta vez Huston lo vio con un gesto de sincera ansiedad.

—Usted y yo liemos discutido mucho, Alb. La última vez que estuvo aquí le dije algo muy fuerte.

—Ah, no importa. También yo le dije lo mío… No creo que para recordármelo me haya hecho venir.

—Usted me pidió cierta protección para determinada señorita que trabajaba en el club… —Y se quedó dudando.

—El «Crystal Club» —declaró Alb.

—Le contesté que si a cada niña bonita tuviéramos que destinar a un par de agentes…

—¡Diablo! ¡Deje en paz lo que hablamos! ¿Qué ocurre con «Ojos de Miel»?

—Se lo recuerdo para que se convenza de que no me duelen

prendas.

Refirió a continuación que hacía unas horas habían recogido a una mujer muerta. Y concluyó diciendo:

—Iremos al depósito. ¡Y ojalá no sea la que motivó la discusión entre usted y yo!

Un rato después, cuando en el depósito levantaron la tela que cubría el cadáver, Alb apretó las mandíbulas.

El teniente Huston lo interrogó con la mirada. Alb asintió con un movimiento de cabeza.

Se alejaron de la mesa unos pasos. Muy bajo, manifestó el policía:

—Pero creo recordar que usted dijo que ella conservaba tan mal recuerdo de las drogas, que si había alguien inmune a toda tentación sobre la toma de estupefacientes era esa muchacha.

—Lo dije con conocimiento de causa. A mí no tenía por qué engañarme. Me sabía su incondicional amigo… Y la última vez que bable con ella recibí unas confidencias tan sinceras y sensatas, que pondría las manos en el fuego para asegurar que ella nunca iba a volver a lo que estuvo a punió de destrozar su vida.

—Pues mire esto.

Regresaron a la mesa. El teniente Huston levantó la tela de un lado y mostró los pinchazos en el brazo y el muslo.

Alb ensombreció el rostro, y nada dijo.

—Todavía no son concluyentes las deducciones del análisis —dijo el policía—. Pero nos inclinamos a pensar que fue inyectada en estado moribundo. Y pinchada varias veces en falso, quizá muchas horas antes de matarla —comentó el teniente, sin parecer prestar atención al efecto que sus palabras pudieran hacer en el reportero.

Alb Kerley se limitó a encogerse de hombros y decir:

—Es posible que así fuera.

Ya junto al coche del policía, éste dijo:

—De aquí a la comisaría dígame qué piensa sobre quiénes han podido instigar o producir esta muerte.

—No es que no quiera colaborar con ustedes —replicó Alb, con tono frío—, pero muerta Mary, todo lo que yo pudiera decir no serviría más que para molestar a gente que posiblemente no tiene ninguna culpa.

—Antes de que usted llegara yo tenía decidido ir al «Crystal

Club»…

—¿De veras? —lo interrumpió Alb, irónico—. Pues no parecía recordar el nombre.

—Desde luego, no lo recordaba, Pero me hubiera sido fácil averiguarlo. ¿Me acompaña?

—¿Para hablar con el dueño del local? Gracias. Pero tengo trabajo en el periódico. Además, le anticipo que sacará usted muy poco de su visita, como no sea algún berrinche. El dueño del «Crystal» es de los que se burlan en las propias narices de la policía.

El teniente Huston rechinó:

—¡Greg Wolf me conoce de sobra para no permitirse chuflas! Hace tiempo le prometí llevarlo a la cárcel…

Alb sonrió, en burla.

—Su «memoria» trabajaba a saltos. No sabía el nombre del local y ahora recuerda el del propietario, en una ciudad como Miami, donde los locales nocturnos abundan como las moscas en los estercoleros.

El policía soltó un gruñido.

—¡De repente he recordado! ¿Tiene algo de particular?

—Para mí, sí. Y también para el destino de la pobre «Ojos de Miel». Si cuando me entrevisté con usted hubiera recordado que se la tenía prometida a Greg Wolf, tal vez hubiera protegido a esa muchacha —hizo una rápida transición y agregó—: Aunque… cuando fui a verle, creo que ya era demasiado tarde.

Estaban frente a la comisaría. Los dos se apearon, y Alb se dispuso a montar en su coche.

—¡Alb, a mí no puede engañarme! ¡Usted va a actuar por su cuenta…!

—Por ahora, teniente, voy a meterme en la Redacción para terminar el artículo que estaba escribiendo.

—¿Y después?

—Me despediré de los compañeros. Presiento que voy a quedarme sin trabajo.

—¿Usted? No niego que no sea un moscardón fastidioso para mucha gente, pero sus trabajos periodísticos rinden buenos beneficios a la administración del periódico.

—No importa. Mañana voy a hacer una visita que motivará mi baja en el periódico.

Alégrese por anticipado… Hasta la vista, teniente.

Alb Kerley montó en su coche y se alejó, perdiéndose entre la multitud de luces y vehículos de la suntuosa avenida.

Al día siguiente, mediada la mañana, Alb metía su coche en un exuberante jardín en cuyo centro había un edificio.

A un lado, una piscina, con trazo de media luna. Bañándose o tendidos al sol, casi desnudos, había gente de ambos sexos, la mayoría jóvenes.

Alb detuvo el coche cerca de una escalinata de mármol. Cualquiera de los carruajes que había aparcados cerca del edificio aplastaba en lujo al suyo.

Subiendo los peldaños de mármol, Alb se detuvo pata mirar hacia la piscina. Había muchachas de piel dorada, de espléndidas formas.

Al ir a entrar en la casa, alguien que salía corriendo cayó en sus brazos. Podía haber mujeres bellas junto a la piscina, pero la que Alb tenía sobre el pecho, sintiendo toda la fuerza de su busto joven, era el prototipo de una Venus moderna.

—¡Oh, perdón! —exclamó la joven, mostrándole unos dientes menudos, en risa abierta.

Retrocedió de un salto. Llevaba un dos piezas, y sobre los hombros una prenda de tela estampada que apenas le llegaba a mitad de los muslos.

Al retroceder el blusón se desprendió de un hombro y su figura, por el hecho de encontrarse entre paredes, pareció revestirse de una desnudez más incitante que la que tenían las otras muchachas junto a la piscina, a campo abierto.

Alb se quedó mirándola. Esbelta, de contornos escuetos, largos muslos, rostro ovalado. Los ojos eran grandes, con rápidos cambiantes de luz. Tan pronto parecían verdes, como azules o grises.

—No sólo la perdono sino que estoy dispuesto a soportar otro «castigo» —dijo Alb, sonriendo.

Las mejillas de la muchacha se colorearon. Rompió a reír y pasó corriendo, saltando a la plataforma de la escalinata. Allí se detuvo y se volvió, para mirar al vestíbulo, donde se encontraba Alb.

—¿Es amigo de casa? —preguntó.

—Desde luego —contestó Alb, mientras para sus adentros decía:

«Pero pronto dejaré de serlo».

—Lo celebro. Hasta luego —y la muchacha descendió a saltos los peldaños.

El blusón sostenido con las manos sobre los hombros, pareció convertirse en las alas de una mariposa de colores muy vivos.

Durante unos momentos Alb pareció absorto, tanto por la belleza de aquella criatura, como por el revoltijo de recuerdos que habían suscitado sus delicadas facciones.

—¿A quién me recuerdan? —se preguntó, muy bajo.

Si para algo tenía Alb una memoria insuperable, era para recordar una cara. Más todavía, si pertenecía a una mujer bonita.

Un criado salió al encuentro de Alb. Ya se conocían. El criado sabía que Alb, al fin y al cabo, vivía del sueldo que le proporcionaba el periódico y no creía necesario guardarle demasiadas consideraciones.

—¿Qué desea?

—Ver al señor Bagwell.

—Está ocupado.

—No importa. Dígale que estoy aquí…

—Mejor es que no pierda su tiempo. En todo el día no podrá atenderle.

—¿Por qué?

—Ya le he dicho que está ocupado. El señor da una fiesta a hombres de negocios y está conferenciando con ellos.

Alb inclinó la cabeza, soltó un soplido y cuando de nuevo levantó la cara, en sus ojos oscuros había una luz hiriente.

Se quedó mirando al criado, quien permanecía muy tieso, demasiado tieso para que Alb no lo interpretara como burla. Además, vio en su cara una expresión que no dejaba lugar a dudas de que lo estaba pasando bien al tener ocasión de poner dificultades al periodista.

—Una vez usted y yo discutimos —dijo Alb.

—No recuerdo. Uno trata con tantos…

—Conque no recuerda —una mano de Alb cayó sobre la pechera del criado—. Ahora lo recordará.

Con una sola mano lo levantó, hasta conseguir que el criado quedara solamente con las puntas de los zapatos sobre el suelo. Claro que la pechera quedó estrujada, saliéndose del pantalón.

El criado enrojeció de ira.

—¡Suélteme, camorrista!

—Ya está —contestó Alb, al tiempo que con la otra mano le disparaba un puñetazo a las mandíbulas.

El individuo retrocedió con los brazos en cruz, hasta dar con un mueble. Un florero que había encima cayó al suelo.

—¿Qué ha hecho? —rugió.

—A partir de ahora me va a recordar siempre que aparezca por aquí. Avise al señor Bagwell que es urgente lo que tengo que tratar con él. Hágalo, si no quiere que yo mismo interrumpa la reunión.

Esto pareció asustar al criado más que el puñetazo. Se arregló la camisa y rezongó:

—¡Le diré todo!

Se marchó. Alb, encendiendo un cigarrillo, se volvió a mirar a la puerta que daba al exterior. Alguien desapareció de allí.

A Alb le pareció reconocer el blusón estampado que llevaba sobre los hombros la hermosa muchacha. Supuso que la joven había presenciado el incidente y comentó:

—¡Se habrá convencido de que soy «amigo» de la casa!

El criado tardó varios minutos en aparecer. Con una mano se aplicaba un pañuelo a un lado de la boca. En sus ojos había una maligna alegría.

—El señor le espera en su despacho.

—Muy bien.

Alb no quiso que lo acompañara. Conocía el sitio.

Cruzó dos salones atestados de muebles, de cuyas paredes colgaban cuadros y tapices, y al llegar a una puerta entornada, dio con los nudillos.

—¡Pase! —dijo una voz bronca.

Alb abrió. Por el despacho, cuyo ventanal daba a la piscina, un hombre alto, algo encorvado, de cabellos grises, se paseaba muy deprisa.

Al entrar Alb, el hombre se detuvo, quedando de espaldas al recién llegado.

—¿Sabe, Kerley, que me estoy hartando de sus salidas de tono? —prorrumpió, con voz ronca por la ira—. ¿Cuándo lo he autorizado yo a que venga a mi casa con sus cuentos?

Alb, antes de responder, cerró la puerta. Luego dijo:

—Dé la cara, señor Bagwell. Es lo correcto.

El hombre de cabellos grises giró rápidamente, con el rostro encendido.

—¿Impertinencias conmigo, Kerley?

—Guarde las energías para luego. Va oír algo peor…

Bagwell se irguió. La cólera hizo que la espalda perdiera su curva de hombre cansado.

—¡He sido demasiado tolerante con usted, Kerley! ¡Ni siquiera he querido tener en cuenta que usted integraba la pandilla que perdió a mi hijo!

—Pues hoy va a tenerlo en cuenta, señor Bagwell —contestó Alb, con dureza—. Siéntese.

Bagwell iba a oprimir el timbre, cuando Alb agregó:

—Llame gente. Yo nada perderé con que haya testigos.

Bagwell retiró la mano del timbre. Luego rodeó la mesa y se dejó caer en el sillón.

—¡Termine cuanto antes! ¿Qué cuento me trae ahora?

—Nunca le he traído ninguno. Mis visitas siempre han obedecido a lo mismo: A recordarle que en el periódico tengo un contrato que me autoriza a decir lo que me parezca, siempre que lleve mi firma. Y muchas veces esa cláusula han intentado saltársela…

—¡Los que financian el periódico son los que deciden!

—Conozco a todos los accionistas. Usted es el principal y las cortapisas casi siempre han partido de este despacho. Pero eso se ha terminado, porque cuando yo salga de aquí ya no perteneceré al periódico.

Hizo efecto. Bagwell se le quedó mirando, perplejo.

—¿Se marcha?

—Antes de que me echen.

El magnate cambió el gesto de sorpresa por uno de burla.

—¡Ya! ¡Usted ha venido aquí pisando fuerte para que yo lo mande al demonio y le haga el juego! ¡Usted tiene ya una oferta mejor en un periódico rival…! ¡Eso es! ¡Nuestro periódico le ha aguantado todas sus piruetas, y cuando ha conseguido un mediano nombre, se marcha! ¡El paladín de la generosidad…!

Soltó una carcajada y añadió:

—¡Pero está equivocado! ¡El contrato lo ata a nuestro periódico

en tanto una de las partes no esté dispuesta a rescindirlo! ¡Y va a seguir usted amarrado a nosotros, mal que le pese!

—Haré valer la cláusula que me autoriza a escribir de lo que yo quiera.

—¿Y qué ha hecho usted hasta ahora, sino meterse con quien le ha venido en gana? Alb se situó al otro lado de la mesa, frente al magnate.

—Ahora va a ser muy incómodo para usted, señor Bagwell. Porque es con usted con quien voy a meterme.

—¿Conmigo?

—Con el hombre avestruz, que mete la cabeza bajo el ala y así cree curar una llaga, por el hecho de no mirarla. Me estoy refiriendo a su hijo…

—¡Deje usted que mi hijo descanse en paz!

—Es lo que he hecho hasta ahora, señor Bagwell… Pero las cosas han ido demasiado lejos. Usted ha dicho antes que no quería tener en cuenta que yo formaba parte de la pandilla que rodeaba a su hijo. Ahora yo quiero que discutamos eso. ¡Wil era mi amigo!

¡Su hijo ha recibido más de un golpe de estas manos…!

Las adelantó, hacia el magnate. Las tenía cerradas, en actitud de golpear.

—¿Nunca se lo ha dicho él? ¡Dígame la verdad! ¿Nunca le ha dicho su hijo que algunas moraduras en su cara se las había producido el «aprendiz de periodista» que él apadrinaba para que lo hicieran de plantilla en su periódico? ¿Nunca se lo dijo?

—¿Por qué tenía que hacerlo?

—Porque a él le chocaba que necesitando un empleo en el periódico que usted financiaba, no pasara por alto sus defectos. Y una vez Wil me lo dijo: «Anoche le referí a papá lo que ocurre contigo. Y se rió mucho…». ¿Es cierto que usted se rió?

Tras linos momentos de vacilación, Bagwell prorrumpió:

—¡Y en mala hora lo hice! ¡Debí darme cuenta que se trataba de una artimaña suya, para llamar la atención! ¡Lo mismo que persigue con todos sus escandalosos reportajes…!

Alb lo miró conmiserativo.

—Sigue el avestruz escondiendo la cabeza… El arriesgar mi puesto en el periódico; el exponerme a perder la amistad de su hijo, era una artimaña. El meterme con los «rackets» y exponer a cada

instante mi cabeza, es también un truco.

—¡Sus campañas contra timbas clandestinas y burdeles es pólvora en salvas! ¡Usted no va nunca al verdadero meollo de la cuestión!

—Los narcóticos…

—¡Sí! ¡Eso mismo!

—¿Está seguro de ello? —preguntó Alb, con ironía—. Pero esa gente es astuta. Los peces gordos siempre quedan fuera de la red, porque a dentelladas la destrozan… ¡Los narcóticos! ¡Su obsesión, señor Bagwell! Para usted el juego organizado no cuenta; ni los «rackets» laborales ni los burdeles… ¡Solamente los narcóticos, porque su hijo fue una víctima de ellos!

Bagwell se puso de pie, mortalmente pálido.

—¡He de aplastar a esos reptiles…!

—Mucha gente sensata lo desea. Pero no es tan fácil conseguirlo. Y refiriéndonos concretamente a su hijo… ¿Se ha preguntado alguna vez si usted tuvo parte de culpa en su intoxicación? Usted atendió todos sus caprichos. Usted celebró sus conquistas con mujeres que estaban pidiendo a gritos ser conquistadas por una cartera repleta de billetes. Usted nunca se entretuvo a pensar si sus orgías tendrían como consecuencia que su hijo se hartara demasiado pronto de todo lo que el dinero podía facilitarle…

—¡Basta ya, Kerley! —prorrumpió el magnate, dando con los puños sobre la mesa.

—No. Es necesario que esa llaga que usted no ha querido ver hasta ahora, la tenga delante. Soy testigo de que fue su hijo quien buscó los narcóticos… Después se arrepentía. Yo lo he visto llorar muchas veces. Y cuando ocurrió el accidente, él ya había empezado a advertir la soledad en que usted lo tenía. Cada vez que él se le acercaba, usted echaba mano al talonario. No había más… Usted no tenía tiempo para escucharlo.

—¡Se equivoca, Kerley! ¡Yo era un amigo más da Wil! ¡Me contaba todo lo que le ocurría!

—Y lo celebraba.

—¿Por qué no? Lo que yo no pude tener de joven, se lo proporcioné a él. Como a mi pequeña Eslie le di el colegio más caro y de más prestigio…

—¿No hubiera sido más acertado que Wil tuviera a su hermana

cerca? Otra vez Bagwell se puso en pie.

—Pero ¿quién es usted para meterse a educador? ¡Váyase al diablo, Kerley!

—Me iré… Pero debemos hablar de lo que me ha traído aquí.

—¡Ah! ¿Todavía no lo ha dicho? —Y se sentó, cruzándose de brazos, forzando una actitud de burla—. Veamos.

—En cierta cárcel de mujeres, en California, usted influyó para que la Junta de Indultos conmutara la pena a una mujer que reunía las condiciones que a usted le importaban.

—¿Qué hay de malo en ello?

—Mucho egoísmo… Y mucha torpeza. A usted solamente le importaba que esa mujer tuviese buena presencia… y verdadero asco de los narcóticos.

—Sigo preguntando qué hay de malo…

—El que la lanzara sin ninguna defensa a una selva repleta de fieras.

—¡Qué tontería! ¿Qué había hecho esa mujer antes de que la condenaran? Trabajar en clubs nocturnos. Y ese trabajo le he proporcionado…

Alb Kerley se quedó mirándolo fijamente, el gesto sombrío.

—¡Egoísta! ¡Y criminalmente torpe!

Bagwell no se atrevió a replicar ante la dureza de la mirada y las palabras de Alb.

—Egoísta, porque sólo le importó dar algún hachazo a cualquier grupo que trafica en drogas. Así creía vengar a su hijo… Y torpe, criminalmente torpe, porque no supo controlar su lengua. ¿A ninguno de sus amigos íntimos habló de lo que perseguía al sacar de la cárcel a esa muchacha?

El magnate permaneció unos instantes pensativo.

—Es posible que lo comentara con algún amigo… ¿Qué importancia tiene?

—Ninguna. Vea de buscarse otra carnada, porque Mary Dolgin, por sobrenombre «Ojos de Miel», ya no le sirve. Ayer el mar la trajo a la playa, desnuda y muerta…

Se situó en el ventanal, mirando a la piscina. Trató de descubrir a la bella muchacha que por unos segundos tuvo en sus brazos. No la distinguió.

Le era imposible verla, porque esa muchacha se encontraba

pegada a la puerta del despacho, escuchando.

El criado que Alb golpeó se le acercó, y bastó una mirada de la joven para que el criado inclinara la cabeza y se retirara, haciendo reverencias.

Después de lo que Alb había anunciado, siguió un silencio. Bagwell permaneció ensimismado. De pronto preguntó:

—¿Seguro que era ella? Alb se volvió.

—La he visto en el depósito. Ya le habrán hecho la autopsia… Si tiene tiempo, encargue flores y que las lleven cualquiera de sus asalariados. En cuanto a mí… Me refiero a mi puesto en el periódico… Concédanme la rescisión del contrato, sin más pegas…

Bagwell, que había permanecido como aturdido, se dispuso a pasar a la ofensiva.

—¿Y si no accedo?

—Este asunto, con todos sus detalles, saldrá en «su» periódico. Es el momento de demostrar que no le duelen prendas, que usted es capaz de financiar un periódico que lo ataca…

Bagwell volvió a dar con los puños sobre la mesa.

—¡Puede irse al quinto infierno! ¡Y todos respiraremos a gusto!

—Escriba su conformidad acerca de mi baja.

—¡Enseguida!

Y lo hizo, moviendo la pluma con rabia. Al entregarle el documento, preguntó:

—¿Esperaba usted esto? ¿No se consideraba imprescindible en el periódico para que yo le suplicara?

—No. Aunque yo me considerara imprescindible en el periódico, lo suponía a usted lo suficiente cobarde para que me facilitara la salida. Hasta otra ocasión…

Se encaminó a la puerta.

—¡Hasta nunca! —bramó Bagwell.

—Por desgracia, tendremos que volver a vernos.

—¡No será en mi casa, porque voy a dar orden a los criados para que lo apaleen tan pronto asome por aquí!

—Reserve a su gente para cosas más prácticas, señor Bagwell.

Abrió la puerta. La hermosa muchacha había desaparecido. Por unos instantes. Alb estuvo aspirando un delicioso perfume que le recordó a la joven que chocó con él, al entrar en la casa.

Momentos después descendía la escalinata de mármol. Ya

sentado al volante de su coche, se puso un cigarrillo en los labios y distraídamente miró hacia la piscina.

—¿Nos deja? —preguntó la joven del blusón estampado.

Se le colocó al lado, llevando un cigarrillo entre los dedos. Se lo puso en la boca y se inclinó sobre la llama que Alb acababa de encender.

—Sí, me marcho. Antes le mentí… No soy «amigo» de la casa.

Ella succionó el cigarrillo, mientras miraba a Alb fijamente. Expulsando el humo, exclamó:

—¡Qué lástima!

—No quiero ser descortés, pero su «interés» por mí huele a chamusquina. Vaya allí —señaló la piscina— y pronto tendrá a gente que la distraiga.

Puso el motor en marcha y sin esperar a que ella se apartara, pisó el acelerador. La joven tuvo que saltar hacia tras al tiempo que decía:

—¡Bruto!

Desde lo alto de la escalinata, el criado que recibió un golpe en las mandíbulas, acudió apresuradamente.

—¡Señorita! ¡Ese individuo es un salvaje! ¡No debió acercarse a él! ¡Ya ha oído cómo trataba a su padre!

Eslie Bagwell miró extrañada al criado.

—¡Emory! ¿Es que usted también ha oído? ¡Le mandé que se alejara del despacho! El criado se azoró.

—Lo hice, señorita… ¡Pero ese individuo chillaba tanto…!

CAPÍTULO II

Greg Wolf todavía estaba acostado cuando le anunciaron una visita.

—¿Policía otra vez? —preguntó al sirviente, un individuo con cara de gorila y ademanes violentos.

Al primer golpe de vista se notaba que más que un criado para atender las necesidades del compartimiento, era un guardaespaldas de Greg Wolf.

—Es el periodista de marras. ¿Lo echo?

—¿Viene solo?

—Estoy seguro. ¿Lo echo?

—¡No seas bestia, Lasker! Puede ser mi cebo del teniente Huston. Hazlo pasar y atiéndelo como si fuera una visita grata. Ofrécele un *whisky*, mientras me visto.

Alb Kerley fue invitado a pasar. Se sentó en uno de los sillones y cabalgó una pierna sobre la otra.

—El señor Wolf tardará unos momentos. ¿Le apetece un *whisky*? —preguntó el gorila.

—No. Estoy seguro de que escupirás en el vaso antes de dármelo —contestó Alb, con la mayor naturalidad.

Lasker contrajo el rostro y emitió un gruñido.

—¡Si por mí fuera…!

—Intentarías echarme, ya lo sé —completó Alb sonriendo.

—Y lo haré, como me dé por ahí.

—Pero no te dará.

—¿No? —El gorila atravesó los ojos—. ¡Usted tiene fama de camorrista! ¡Ésos son los que me gustan!

Y creyendo coger a Alb desprevenido, se lanzó de cabeza, para de un trompazo dejarlo fuera de combate. Pero el periodista saltó cuando ya el otro no podía detenerse.

Al mismo tiempo que lo esquivaba, le ponía una zancadilla. Lasker cayó de bruces sobre el sillón y lo volcó, dando la voltereta.

Se levantó enseguida y se lanzó contra Alb, con los puños cerrados. El reportero esquivó los puños del adversario y le asestó un golpe en el estómago.

Lasker se encogió. Entonces Alb dejó caer una mano de canto, dándole en la nuca. Y el gorila se desplomó, como un toro apuntillado.

—¿Qué significa esto? —gritó Greg Wolf, apareciendo envuelto en un batín de seda. Era un individuo recio, de mediana talla, cara hinchada.

—Su guardián se ha prestado a entretener la espera —contestó Alb.

Lasker empezó a incorporarse, aturdido. Su jefe le dirigió una severa mirada y ordenó:

—¡Déjanos solos!

—Eso iba a pedirle, Wolf —comentó Alb, en el momento en que Lasker salía.

—Lo hago en beneficio mío. No me gusta que mis subordinados se enteren de lo que yo trato con amigos y enemigos.

—¿Cómo me considera, Wolf?

—Todavía no lo sé. Hasta ahora, como un mero cliente… Frecuenta mi club y allí se comporta como uno de tantos.

—Pero el que yo venga a su departamento privado, a estas horas, debe intrigarle. ¿No es así?

Greg Wolf se encogió de hombros.

—¿Por qué? No olvido que usted es periodista. Usted vendrá a que le facilite información sobre una de mis ex empleadas. Pero no puedo decirle más de lo que ya referí anoche al teniente Huston.

—¿Qué le dijo?

—Pues… que lamentaba mucho la mala suerte de esa muchacha, pero que nada de interés podía aportar para el esclarecimiento de su muerte. Ella dejó de trabajar para mi club hace unos siete días…

—¿Seguro? —Y Alb sacó pluma y bloc, dispuesto a escribir. Greg Wolf lo miró inquieto.

—Quizá hace seis días… Ahora no recuerdo exactamente. En el club tengo anotada la fecha.

—¿No se la dio al teniente Huston?

—Él no me la pidió.

—Yo en su lugar no me fiaría de la «distracción» del teniente. Creo que él le tiene manía…

Greg Wolf se puso encarnado, en un acceso de ira.

—¡Sí! ¡Pero nada conseguiría!

—De momento el teniente ya debe haberle cogido en una mentira. «Ojos de Miel» no hace tanto que dejó de trabajar en su club…

—¿Y usted qué sabe?

—Hace tres noches hablé con ella en su departamento al terminar su trabajo en el «Crystal Club».

La seguridad con que Alb hablaba desconcertó a Wolf.

—¡Bien, puede que yo esté equivocado! ¿Qué importancia tiene la fecha?

—No sé. Eso es cosa de la policía… En cuanto a lo que motivó que dejara su club, ¿puede decirme algo?

—¡Me está irritando, Kerley!

—Ya lo sé. Quizá persigo que pierda los estribos. Greg Wolf se puso a reír.

—¡No es usted lo suficiente listo! Y para que vea que no le temo, escuche esto: Mary entró en mi despacho y me dijo que se había encontrado con un viejo amigo y que se marchaba con él.

—¿A dónde?

—No especificó… Pero sí me dio a entender que dejaba Miami. Le deseé suerte… y hasta anoche, en que vino el teniente Huston a anunciarme su muerte… Cuando me informó que estaba drogada, deduje que se había suicidado. Es lo que ocurre a menudo, cuando después de haber resistido tanto tiempo el vicio de las drogas, se cae de nuevo. Ahora pienso que Mary ya se inyectaba trabajando en el club. Y con toda seguridad se inventó ese «viejo amigo» para marcharse y poner fin a su vida.

—El informe del forense determinará si los pinchazos que aparecen en su cuerpo son recientes o no.

—¡Eso no se puede saber con certeza! ¡Un cuerpo batido por el mar, durante horas, quizá días!

Y Greg Wolf rompió a reír. Alb se levantó *y* lo agarró del pecho.

—¡Apague esa risa, Wolf! ¡Por respeto a la muerta! —Le dio un empellón y agregó—: Si el informe del forense duda en declarar que

los pinchazos son recientes, de hace todo lo más un par de días, declararé yo afirmando que no tienen más de cuarenta y ocho horas. ¡Yo, Wolf!

El propietario del «Crystal Club» lo miró inquieto.

—¿Usted, por qué?

—Porque el cuerpo de Mary no tenía secretos para mí. Porque hace tres noches estuvo ante mis ojos tan desnuda como la ha traído el mar. A la noche iré a su club… Nada de lo que hemos hablado diré al teniente. Pero a la noche tendrá usted que darme una respuesta «convincente». El señor Bagwell me ha despedido del periódico… Yo tengo mis gastos. ¿Me entiende? Mi silencio tiene un precio.

—¡Usted quiere cogerme en una trampa! Si yo cometiera la torpeza de darle dinero, usted entonces me acusaría —otra vez Greg Wolf se echó a reír.

—Si usted cree que mi declaración no puede crearle problemas con la policía, niéguese a darme dinero. Hasta la noche tiene de tiempo para pensarlo.

Sin esperar contestación, Alb abrió la puerta y salió.

* * *

Cuando Bagwell volvió a la sala donde estaban los hombres de negocios, en vano forzó una cara sonriente.

—¿Algo no marcha bien, señor Bagwell? —le preguntó uno de los magnates, el que mejor vestía de la reunión, el de ademanes cuidados.

Un hombre de unos cuarenta y cinco años, bien parecido y ojos negros. Bagwell no quiso disimular.

—¡Acabo de discutir con un maldito periodista! ¡Lo he mandado a paseo!

—¿Pertenecía a su periódico?

—¡Sí! ¡En mala hora lo empleé! Claro que fue por intervención de mi hijo. De lo contrario me hubiera fijado más en qué clase de bicho admitía en mi casa.

Seis hombres había en total en la sala. Desde un ventanal se veía el jardín y parte de la piscina.

—¿Qué periodista es? —siguió preguntando el que vestía mejor

de los seis, Alvy Connally.

—Kerley. ¡Un pobre diablo!

—¿Alb Kerley? —Y los ojos negros de Connally adquirieron un brillo burlón—. Algo he leído de él… Me dio la impresión de un hombre valiente, sincero.

—¡Todo el truco para crearse un nombre! Se hizo amigo de mi hijo para enroscarse a nuestro periódico. Ahora me ha amenazado con sacar partido de un desgraciado incidente. Resulta que ayer encontraron el cadáver de una muchacha… Por cierto, señor Connally, usted tuvo relación con ella.

—¿Yo? ¿Cuándo?

—¿Recuerda que le pedí que influyera sobre el dueño del «Crystal Club», para que emplearan a una muchacha que me interesaba ayudar? Fue uno de los amores de mi hijo.

Se habían situado aparte, cerca del ventanal. Los otros cuatro hombres de negocios no les prestaron atención.

—Sí. Ahora recuerdo. Mi secretario se encargó de hablar con el propietario del «Crystal». Supongo que le darían trabajo.

—Sí, se lo dieron… Y parecía contenta. Por aquí vino un par de veces. Alvy Connally lo miró con extrañeza.

—¿Admitía usted en su casa visitas como ésa? ¿Estando aquí su hija? Bagwell adoptó una actitud despreocupada.

—Mi hija nunca cruzó la palabra con ella. Ni nadie podía sospechar la condición de esa mujer. Cuando se presentaba en esta casa, se la podía confundir con cualquier mujer decente.

—¿De qué hablaban?

—Da mi hijo. —Bagwell inclinó la cabeza y suspiró—. Cualquier cosa que se refiera a mi Wil, me gusta tenerlo cerca.

Alvy Connally miró hacia el jardín. Esbozó una enigmática sonrisa y manifestó:

—Comprendo… La muerte de su hijo es una gran pena. Pero no olvide que tiene a su lado a una preciosa criatura.

En ese momento Eslie subía al trampolín de la piscina y casi desnuda, acariciada por el sol, daba un salto y sin descomponer la figura se zambullía en el agua.

—Sí, mi hija… Pero es distinto. La he tenido demasiados años lejos de mí. Apenas hace un mes que la tengo a mi lado. Y en estas cuatro semanas, ella y yo no hemos hecho más que viajar, cada uno

por un lado. Yo, por mis negocios; ella, por distraerse. Hay momentos en que nos miramos como extraños. Ya sé que esto pasará…

Quedaron unos momentos callados. Alvy Connally preguntó:

—¿Y qué ha ocurrido con la chica que apareció muerta?

—Lo ignoro. Desde luego, en la prensa de hoy no va. Lo que yo quisiera de usted, Connally, es que hablara con el dueño del club para saber cómo se ha comportado ella durante el tiempo que ha trabajado allí. A mí me decía que estaba muy satisfecha del empleo y que el patrón parecía contento.

—No se preocupe. Ahora mismo iré a verle.

—No es tan urgente.

—Iba a marcharme ya. El domicilio de Wolf me pilla de paso… Ah, es muy posible que me tropiece con algún agente. Si me interrogaran sobre el motivo de mi visita, ¿puedo dar su nombre?

—¿Por qué no? La policía ya debe saber que yo me interesaba por esa chica. Alvy Connally pareció sorprendido.

—¿Cómo es eso? ¿Tanta publicidad daba ella a las visitas que hacía a esta casa?

—¡Nada de eso! Digo que la policía debe saber que yo me preocupaba por ella, porque yo intervine en su indulto, en el Estado de California…

Alvy Connally seguía aparentando perplejidad.

—¿Era una ex convicta?

—Perdone que no se lo dijera entonces. Quería evitar prejuicios.

—Comprendo. Y nada le diré a Wolf al respecto.

—Ya puede decírselo. Lo sabe el maldito periodista que acabo de despedir. Eso es como si lo conocieran todos los Estados.

—Voy a telefonear a Wolf para convenir una entrevista.

Se despidió de los cuatro financieros que estaban enzarzados en una animada conversación, y salió acompañado del dueño de la casa.

Utilizó el teléfono del despacho. Mientras telefoneaba, Bagwell permanecía de cara al jardín, abstraído.

—Tenía usted razón, señor Bagwell —dijo Connally, al dejar el aparato—. Ya es como si lo supiera todo el país. El periodista Kerley ha estado a ver a Wolf. Y parece que quiere hacerle chantaje.

Bagwell se volvió rápido.

—¡No! ¡Será una finta!

Alvy Connally lo escrutaba con los ojos.

—¿No lo cree capaz del chantaje?

Durante unos instantes Bagwell estuvo vacilando.

—No sé… Kerley no es esa clase de tipos. ¿Por qué tenía que hacerle chantaje a ese hombre? Con más base pudo hacérmelo a mí. Y lo que me ha pedido es salir del periódico.

Alvy Connally sonrió.

—Desde fuera puede exigirle más dinero, señor Bagwell. Si él conoce su interés por esa infortunada muchacha, con mezclar su nombre al de ella… Incluso el que más efecto puede surtir en usted. El nombre de su hijo…

Bagwell empezó a palidecer.

—¡Si hiciera eso…! —Pero enseguida rechazó—. ¡No! Lo creo capaz de todas las extravagancias para que su nombre suene. Pero dudo que por dinero. Además, creo que es leal a la amistad. Es de los que lloraron cuando mi hijo fue sacado de los restos del coche.

Connally movió los hombros.

—Usted tiene motivos para conocerlo mejor que yo… Pero me choca que lo defienda ahora, cuando hace unos instantes…

—¡Es que me sacó de quicio! ¡Es un sujeto que goza diciendo impertinencias!

—¿Y cómo explica que él quisiera salir de su periódico?

—Muchas veces he tratado de cortar sus campañas contra hombres con los que mantengo muy buenas relaciones.

Alvy Connally se puso a reír.

—Ahora que recuerdo; una vez se metió con una de mis empresas… Pero yo no me molesté. Al contrario, lo agradecí. Al fin y al cabo es una publicidad barata… Bien, voy a ver a Wolf. Ya le comunicaré lo que haya.

—Le quedaré muy agradecido.

Cerca del despacho aguardaba el criado Emory. Cuando Bagwell y Connally se alejaron, el criado entró en el despacho, marcó un número en el teléfono y elijo:

—Se dirige ahí, señor Wolf.

Enseguida colgó y salió del despacho, aplicándose un pañuelo a la boca. Cada vez que hablaba le dolían las mandíbulas.

El coche de Alvy Connally era uno de los mejores que había

aparcados a un lado de la casa. El chófer se apresuró a acudir al vehículo apenas vio al patrón.

Durante unos momentos Connally y Bagwell estuvieron hablando en lo alto de la escalinata.

Se estrecharon la mano y Connally empezó a descender. Momentos después saludaba desde el coche.

En la piscina, la hermosa Eslie, con el cuerpo lleno de chispas de agua y sol, simulaba que celebraba lo que dos jóvenes le decían.

Pero su atención estaba fija en el coche que pasaba por la avenida central del jardín, donde iba Alvy Connally.

Los ojos de la muchacha tenían un brillo de aversión…

CAPÍTULO III

Ya cerca del edificio donde Greg Wolf tenía su compartimiento privado, Alvy Connally cambió de parecer.

—A casa —ordenó al conductor.

Aunque sería una buena coartada decir que Bagwell le había encargado esa entrevista con Wolf, prefirió no hacerla. De pronto se le había ocurrido algo mejor; ir a hablar con el teniente Huston.

Pero antes tenía que dar instrucciones a su lugarteniente Hans. Apenas llegar a su casa, se encerró en su despacho con Hans, el hombre que figuraba como su secretario.

Sentado a la mesa escritorio, abrió un cajón y sacó una carpeta. De ella extrajo unos recortes de periódico.

—¿Recuerdas, Hans, lo que me dijiste cuando se publicó esto?

Era un reportaje de Alb Kerley sobre algunas empresas que parecían legales. El periodista dejaba entrever que no eran más que un biombo para justificar ingresos que se obtenían por extorsión y juego organizado.

—¡Sí, jefe! Lo recuerdo muy bien. Que esa boca había que taparla con billetes… o con algo más barato.

—¿Qué te contesté, Hans?

—Que eso lo haría cualquier tonto.

—Exacto. —Connally echó el cuerpo hacia atrás y puso los pulgares en las axilas—. Te dije que había que esperar… Y el momento ha llegado.

Hans, un tipo enjuto, de cara alargada, entornó los ojos, pequeños y grises.

—¿Qué procedimiento? ¿Oro o plomo?

—Bagwell es el primero en no creer que el dinero surta efecto en ese individuo…

Ponte en contacto con Stanton para que envíe a dos muchachos para ese «trabajo».

Hans lo miró decepcionado.

—Los nuestros son mejoras que los de Stanton.

—Otra estupidez, Hans. Los de Stanton saben apretar el gatillo lo mismo que los nuestros… Y tienen la ventaja de que nadie los podrá relacionar con nosotros.

Aparentemente, Stanton y Connally se detestaban. Esto procuraban que se supiera en el mundo de los negocios para que llegara a conocimiento de la policía.

Pero bajo mano se ayudaban. Connally le hacía préstamos de dinero; Stanton, de hombres que no eran conocidos en Florida. Individuos llegados de cualquier parte del país, que recibían el encargo de algún «trabajo» y que apenas los efectuaban cobraban y desaparecían.

* * *

Uno de los individuos preguntó al conserje del hotel:

—¿El señor Kerley está en su habitación?

—Sí. Hace un rato que ha subido.

—¿Qué habitación ocupa?

El conserje, un hombre de mediana edad que era un admirador del periodista por su valentía, simuló que consultaba el casillero.

Demasiado sabía qué número ocupaba «oficialmente». Porque había otra habitación contigua que también la ocupaba Alb, pero que figuraba a nombre de un fantasma, porque no existía ese huésped.

—La veintidós, primera planta.

Sin dar las gracias, los dos individuos emprendieron la escalera. El hotel era de ínfima categoría.

Ante la puerta veintidós se detuvieron. Uno de los individuos susurró al otro:

—Llama tú.

El que dijo esto se situó frente a la puerta, en el centro del pasillo. El que se dispuso a llamar extendió un brazo, colocándose a un lado de la puerta para enseguida escudarse con la pared.

El que estaba en el centro del pasillo subió la mano a la axila y

empuñó una automática. El otro dio unos golpes en la puerta y se retiró, también sacando el arma de la sobaquera.

—¿Quién? —preguntaron desde dentro.

—Venimos de parte del señor Bagwell.

—Bien —y empezó a descorrerse el pestillo—. ¡Pasen!

La puerta se abrió de golpe. Pero nadie apareció a la vista de los pistoleros. Tras unos momentos de indecisión, los dos entraron.

Dirigieron las armas a un lado y otro. Miraron tras la puerta. Uno empezó a inclinarse, para mirar bajo la cama.

En ese momento la puerta que comunicaba con la otra habitación se abrió, también de golpe.

Ahora sí, los pistoleros vieron a alguien. Pero ya el arma que empuñaba Alb había entrado en acción.

Los dos pistoleros se encogieron. Uno disparó al techo, en el momento en que sus rodillas tocaban el suelo.

Alb miró al pasillo. No vio a nadie y cerró la puerta. Enseguida cogió el teléfono. El conserje, con voz emocionada, preguntó desde la centralilla:

—¿Es Kerley?

—¡El mismo! ¡Póngame en comunicación con el número que le he dado antes!

Era el de la comisaría del teniente Huston. Enseguida estableció contacto con el teniente.

—¿Diga?

—Me debe diez dólares. Si en las apuestas de galgos no tiene más suerte…

Hacía una hora que Alb había sostenido una conversación con el teniente. Le pedía licencia para llevar armas. El policía accedió, pero se burló diciendo que Alb empezaba a ver fantasmas. De ahí vino la apuesta.

La contestación del teniente fue disparatada.

—¿Qué diablos me cuenta a mí? Si el médico le ha ordenado no moverse de la cama, obedezca, y espere que él aparezca…

Alb dejó el aparato, pensando: «¿Con quién estará hablando?». Decidió esperar. La consigna parecía tener ese sentido.

Una hora más tarde el teniente Huston llamaba en la puerta. Alb se encontraba en la otra habitación, escribiendo.

Abrió la puerta que correspondía a un huésped que no existía, y

el teniente hizo un gesto de extrañeza, miraron el número.

—Me han dicho el veintidós.

—Sí. Pero por esa puerta se tropezará con basura. Entre por aquí.

En el pasillo quedaron dos agentes. Cuando el teniente vio a los dos muertos no se inmutó. Se limitó a largarle los diez dólares que había apostado.

Alb se los guardó mientras decía:

—Esta noche nos los gastaremos en el «Crystal Club». ¿Le parece?

—¿Qué tiene usted que hacer allí?

—Ver a las chicas que actúan. Son muy lindas.

—Déjese de disimulos. ¿Por qué cuando ha estado esta última vez en mi despacho me ha ocultado que se había entrevistado con Greg Wolf?

—¿Cómo lo sabe?

—Eso es cuenta mía. Una vez más voy a decirle…

—… Que no intercepte los pasos de la policía —se adelantó Alb —. Lo sé, teniente. Pero yo me limito a indagar sobre lo que pudo inducir a Mary Dolgin a suicidarse.

No fue suicidio, y usted lo sabe tan bien como el forense.

Cuando he estado en su despacho usted no ha sido tan concreto como lo es ahora.

¿Acaso el forense no había facilitado su informe definitivo?

—Sí, lo había hecho ya. Pero quería tenerlo a usted en la duda, para que permaneciera inactivo. ¡Y vaya resultado! Para entonces ya había usted reñido con el señor Bagwell, pidiéndole que le despidiera del periódico y ya había amenazado a Wolf con hacerle chantaje…

Alb lo miró gravemente.

—¿Cómo sabe lo de Wolf? No es posible que él se lo haya dicho.

—El, no. Pero cuando usted me telefoneó, tenía, «visita».

—Eso supuse. ¿Acaso el señor Bagwell? —preguntó, inquieto.

—No parece gustarle que fuera él quien vino a informarme.

—Claro que no. Si fuera el señor Bagwell, mi teoría se iría al diablo. Yo supongo al señor Bagwell relacionado con Mary sólo por su obsesión contra los traficantes de drogas.

«Ojos de Miel» fue introducida en el «Crystal» solamente para

espiar.

Se interrumpió, temiendo que el teniente le estuviera escuchando con un gesto de burla. Pero lo halló muy serio.

—Siga, Kerley…

—Mi teoría es que Wolf, o alguno de sus subordinados, descubrió cuál era la misión de Mary en el club, y le prepararon la «salida».

Refirió lo que había hablado con Wolf, aquella mañana.

—El trató de convencerme de que Mary se inyectaba mucho antes de despedirse del club. Quise asustarle… Dije que mi relación con esa muchacha me convertía en testigo que desharía su declaración acerca de los pinchazos en el muslo y el brazo. —Alb se interrumpió, para señalar los cadáveres de los dos pistoleros—. La visita de esos dos sujetos confirmaba mi idea de que Wolf estaba asustado.

—Y puede que lo esté. El que se encontraba en mi despacho es quien menos puede usted imaginar.

—¿Quién era?

—Alvy Connally.

—Vi a su chófer en el jardín del señor Bagwell. ¿Por qué motivo ha ido a verle?

—Por algo que enseguida he confirmado. El señor Bagwell le pidió esta mañana que hablara con Wolf. Connally le habló por teléfono a Wolf y entonces éste le reveló que usted lo había amenazado. Esto lo sé por el mismo señor Bagwell. Antes de venir aquí he estado en su casa.

—¿Connally le ha dicho también lo de la amenaza mía?

—Me lo ha dejado entrever.

—¡Es curioso! —exclamó Alb—. Si Wolf ya había revelado los términos en que se desarrolló nuestra entrevista, ¿por qué se ha decidido a enviar a dos pistoleros?

—Quizá sólo venían a intimidarle. Alb hizo un gesto irónico.

—No. Sus ojos decían bien claro que venían a matarme. Esto huele a coartada por parte de Connally. Hace tiempo que escrudiño en sus negocios y él aparenta no preocuparse. Posiblemente Wolf no tiene nada que ver con esos pistoleros. Pienso que la jugada de Connally era deshacerse de mí y endosarle el paquete a Wolf…

El teniente Huston le puso una mano sobre un hombro.

—¡Eso pienso yo, Alb! —Su tono era de gran afecto—. ¿Por qué no me obedece aunque sólo sea por caía vez? Aléjese de Miami… Ahora que está sin trabajo, tómese unas vacaciones. Y deje este asunto en mis manos.

Tras un silencio, Alb empezó a mover la cabeza, obstinadamente.

—No. Todavía es pronto para esas vacaciones… Hay caza mayor a la vista. ¿Me acompañará esta noche al «Crystal»?

El teniente apretó las mandíbulas. Luego rezongó:

—¡Tipo cargante! ¡Así le deshagan la testa!

Alb se puso a sacar prendas de un armario, para colocarlas en las maletas.

—¿Es que se va? —preguntó el teniente.

—Pero no de Miami. Simplemente cambio de alojamiento.

—¿Dónde va a instalarse?

—A su debido tiempo lo sabrá.

—¡Sí! Puede que en cualquier momento me llamen del depósito para que lo identifique.

El policía pasó a la otra habitación, abrió la puerta e indicó a los agentes que estaban en el pasillo que entraran.

Un rato más tarde los dos cadáveres eran sacados de la pensión. Para entonces Alb ya se había marchado, con sus maletas.

* * *

A la hora en que más animado estaba el «Crystal» apareció Alb. Entonces estaba actuando una cantante nueva, de poca voz pero de espléndidas formas.

Todo en ella, sus miradas, sus contornos, la manera de moverse, transpiraba sensualismo. Era morena, con una gran cabellera que le caía sobre los hombros desnudos.

Llevando el micrófono en una mano, la artista iba evolucionando, deteniéndose junto a las mesas, inclinándose sobre los clientes.

Le tocó el turno a Alb y con él exageró la nota. Llegó a rozarle el rostro con su cara, dejando un penetrante perfume alrededor del periodista. Los ojos negros de la mujer quedaron por unos instantes fijos en los de Alb y sus labios carnosos esbozaron una sonrisa

incitante.

Cuando terminó su actuación, la sala quedó iluminada. La artista se retiró, haciendo leves reverencias al público que no cesaba de aplaudir.

Para irse de la sala no tenía necesidad de pasar junto a la mesa de Alb. Pero ella lo hizo, ondulando el cuerpo.

Con la mirada, más que con los labios, le preguntó:

—¿Me invitas?

Alb movió la cabeza, asintiendo. En otras circunstancias no le hubiera extrañado esta rapidez en establecer relación con una mujer tan atractiva y que seguramente muchos de los que se encontraban en la sala estaban deseando tenerla como compañera de mesa.

No le hubiera chocado porque Alb estaba acostumbrado a tener una hermosa mujer acompañándole en la velada. Unas, por sincera amistad; otras, con fines publicitarios, confiando en que Alb las mencionara en alguno de sus reportajes, aunque fuera ligándolas a algún asunto delictivo. Todo servía con tal de que el nombre sonase.

Alb no tuvo tiempo de mirar a todas las mesas. La hermosa morena apareció, llevando la misma indumentaria con que había actuado.

Se sentó frente a Alb, de espaldas a la pista. El camarero se acercó para servirles dos combinados.

—¿Qué piensas de mí? —preguntó ella, mientras acercaba la copa a los labios, mirándolo fijamente.

—Que eres fuego «rápido» —contestó Alb.

Ella bebió un sorbo. En el momento de dejar la copa dijo:

—Ya sé que te has puesto en guardia… Recelas de mí…

—¿Hago mal? Cuando he entrado, la sala estaba en penumbra y enseguida le has dirigido a mí.

—Te esperaba. Hace tiempo que sé de ti… Te he visto sólo un par de veces. Pero te conocía como si te hubiera tratado… como lo hacía «Ojos de Miel».

Hizo una pausa. Volvió a coger la copa y al tiempo que la levantaba, manifestó:

—Yo era su mejor amiga. Sé que te ocupas de su muerte… Puedes contar conmigo, si puedo serte útil.

Alb sonrió, irónico.

—¿Desde cuándo trabajas aquí?

—Ésta es la tercera noche que actúo.

—Te han contratado casi al mismo tiempo que se iba Mary.

—Sí. Vine precisamente porque nada sabía de ella.

—¿Cuánto hacía que no tenías noticias de Mary?

—Un par de semanas. Estuve actuando en un club de Jacksonville. Cuando regresé, fui al hotel donde se alojaba Mary y me dijeron que hacía un par de días que no aparecía por allí.

El número de días en que empezó a perderse la pista de Mary coincidía con el que había verificado la policía.

—¿Y aquí qué te dijeron?

—Que se había marchado.

—Y te ofrecieron trabajo.

—Lo pedí yo. Me pareció que había algo sospechoso en la desaparición de Mary… Por el mismo Wolf he sabido esta tarde que Mary apareció ayer muerta. Y él mismo me ha pedido que fuera a verte a tu pensión.

—¿Y has ido? —preguntó Alb, adoptando un tono de indiferencia.

—Sí. Y me he encontrado… con algo muy desagradable. Estaban sacando a los dos que intentaron asesinarte. Se lo he dicho a Wolf y está muy asustado. Quiere que vayas a su despacho.

—Estoy aquí para hablar con él… Pero ¿cómo Wolf, tan cauto siempre, se confía a ti tan pronto?

—Porque él sabe que yo era amiga de Mary. *Y* porque él nada tiene que ver con su muerte.

—Acompáñame a su despacho.

Desaparecieron por un estrecho corredor lleno de puertas. La mujer iba delante de Alb, procurando imprimir a sus movimientos la mayor voluptuosidad posible.

—¿Cómo te llamas?

—Rina… Bueno, ése es mi nombre de guerra. ¿Te basta?

—Desde luego.

Ante una puerta se detuvo. Se quedó esperando a que Alb llegara junto a ella. Rina se le acercó más, comunicándole las palpitaciones de su pecho.

—Sé que eres un gran muchacho —le susurró—. Mary no era fácil de contentar… y estaba entusiasmada contigo. Debes valer mucho para el amor.

—¿Quieres comprobarlo? —Y pareció que Alb estaba entusiasmado mirándola. Ella entornó los ojos y apenas movió los labios al decir:

—Sí… Me gustaría.

—¿Esta noche? —Y sonriente agregó—: Esta prisa se debe a que presiento que tengo las horas contadas.

Fue ella misma quien lo besó.

—No digas eso, muchacho… Cuando termines de hablar con Wolf, ya estaré con ropa de calle. ¿A dónde me llevarás?

—A mi nuevo alojamiento. Allí no reparan en «visitas».

Estaban ante la puerta del despacho de Greg Wolf. Alb llamó con los nudillos. Y Rina se alejó, volviéndose de vez en cuando para mirarle.

Abrió Wolf. No disimuló que estaba asustado. Esto era muy poco corriente en un hombre que solía reírse ante los mismos policías.

—¡Le estaba esperando, Kerley!

—Pues aquí estoy —y Alb entró, sin parecer recelar un ataque a traición.

Cuando Wolf cerró la puerta, Alb pudo comprobar que nadie había escondido en el despacho.

—¡Lo de esta tarde, Kerley… le juro que no es cosa mía!

—No lo hago tan torpe… Aunque puede que en esta ocasión se haya pasado de listo. Su mejor coartada podía ser la cantidad de detalles que le acusan. Usted, que no consiste que sus subordinados escuchen sus conversaciones, no ha vacilado en revelar que yo fui a su compartimiento a hacerle chantaje.

Wolf hizo un gesto de sorpresa, y de miedo.

—¿Yo? ¿A quién he dicho yo…?

—A Connally.

Greg Wolf palideció, mordiéndose los labios.

—Pues que lo sabe… es inútil que yo lo niegue.

Rodeó la mesa escritorio y fue a dejarse caer en el sillón. Juntó las manos sobre el tablero e inclinó la cabeza, pensativo. Su aspecto era de abatimiento.

—¿Dónde están sus burlas, Wolf? ¿Qué rueda está fallando en el complicado engranaje en que está metido? —preguntó Alb, con seriedad.

Wolf levantó la cara y miró al periodista, por momentos más

asustado.

—No falla nada. Kerley. Alb rompió a reír.

—No esperaba que usted me revelara de dónde partió la orden para que me mataran. Me basta con saber que usted recela de sus propios compinches. Han tratado de enredarlo con mi muerte… Unido a lo de Mary, le dejaría a usted pocas posibilidades de escapar de la cárcel.

—¡Yo nada tengo que ver con lo de esa muchacha! ¡Puedo jurárselo, Kerley!

—Guarde sus juramentos para mejor ocasión. Usted sabía que Mary estaba aquí para poner al descubierto el tráfico de drogas.

—¡Kerley! ¡Le autorizo para que llame a la policía y pongan el club patas arriba! ¡Si encuentran un solo gramo de droga!

—Ni la policía ni yo estamos para perder el tiempo —contestó Alb, riendo—. ¡Claro que en el «Crystal» no hallarán nada! ¿Quiere que le diga por qué? No porque al desaparecer Mary, aquí se pusieran en guardia y hayan barrido la casa. Fue mucho antes de que ella dejara el club cuando aquí dejó de expenderse droga. Lo sé por ella misma, Wolf. Me lo dijo asustada… Le pedí que se alejara del club, incluso que abandonara este Estado. Pero ella estaba agradecida a «alguien»… Ya sabe usted a quién: Al señor Bagwell, que procuró su indulto… La obsesión de ese estúpido rencoroso ha sacrificado a esa pobre muchacha. —Alb se levantó, enfurecido, y se puso a pasear.

—Ella y yo liemos tenido a usted al alcance de la mano… Pero ¿qué hubiéramos conseguido con denunciarle? Sabíamos su sistema de trabajo. Los que entregaban la droga al cliente menor, se «gastaban» pronto. Apenas estaban en el club unos días, se marchaban a oirá área. Usted se hubiera mostrado como ajeno al asunto…

—¡Kerley! ¡Está usted diciendo cosas que si no puede probar…!

Greg Wolf también se había levantado, tratando de pasar a la ofensiva.

—¿Probar? Bien sabe usted que no. Si presento a cualquiera de esos tipejos, negará tener ninguna relación con usted. Como usted tampoco confesaría quién trafica al por mayor… Conozco el código de los canallas. Consentirían ir a la cárcel, por larga que fuera la condena, antes de hablar… Pero usted se encuentra en mala

situación, Wolf. La muerte de Mary va a ser una pesada carga.

El mismo Wolf era el primero en creerlo así.

—¡Le voy a decir la verdad, Kerley! ¡Mary no se despidió! Dos individuos vinieron por ella, apenas terminó la velada.

—¿Por qué no lo denunció a la policía?

—Uno se presentó como un viejo amigo de ella. Lo dijo en presencia de Mary. Tengo testigos… Y la chica no dijo nada en contra. ¿Por qué iba yo a recelar? Cualquiera de mis empleadas tiene amigos que las esperan en la puerta trasera del club, con el coche a punto.

—¿Y cuándo a la noche siguiente no volvió Mary, tampoco consideró oportuno avisar a la policía…?

—¡Tampoco! No es la primera empleada que se olvida que aquí tiene su trabajo. Alb encendió un cigarrillo. Expulsó el humo, y mirando al techo declaró:

—Voy a ponerme en su lugar, Wolf… Acepto que dos «desconocidos» se la llevaran.

Estoy seguro de que a estas horas ya tiene usted testigos de que fue así.

—¡Los tengo! ¿Quiere oírlos?

—No. Ya le he dicho que me estoy poniendo en su lugar… Aquella noche usted se diría: «Puente de plata, al enemigo que estorba». Procuraría que alguno de sus empleados oyera que se la llevaban «amistosamente», y situación despejada. Usted se acostó esa noche pensando que la Organización era muy previsora. Sabiendo que su local estaba comprometido, le echaban una mano… ¿Verdad, Wolf?

Hizo otro silencio, dando cortos paseos. De pronto se detuvo frente a su interlocutor.

—Pero si de veras querían ayudarle… ¿por qué diablos dejan que el cadáver aparezca en la playa? Quien lo hizo tenía interés en que no hubiera demasiadas dificultades para que lo identificasen.

La frente de Wolf se iba llenando de sudor.

—Ignoro… qué pudo ocurrir.

—Mire la realidad de frente, Wolf. Usted sospecha que la Organización lo está envolviendo, para eliminarlo… Algo ha debido usted hacer mal, que ha disgustado a los altos jefes.

Wolf soltó una risa de loco.

—¡Qué estupidez! ¡Si quisieran eliminarme, no perderían el tiempo!

—¡Quién sabe! ¡Quizá quieren perder tiempo… para torturarlo en estas dudas! Su frente está llena de sudor, Wolf… Por momentos está envejeciendo. Usted sabrá qué errores ha cometido, para que se recreen de la forma que lo están haciendo.

Le volvió la espalda, y dirigióse a la puerta.

—¿Es que se marcha, Kerley? Todavía no hemos terminado.

—De momento, sí, Wolf.

—Yo… Yo creía que usted me pediría dinero, ahora que está sin trabajo. ¿De veras no lo necesita?

Alb miró primero el teléfono. Luego a las paredes.

—Por si tiene instalado algún micrófono para que recoja nuestra conversación…

Wolf no pudo reprimir un gesto de sorpresa. Instintivamente miró una figurilla que había sobre la mesa, sirviendo de pisapapeles. Alb simuló que no reparaba en ello.

—… Sepa usted, y los que puedan oírnos, que el dinero no es mi debilidad. Si fueran mujeres como Rina… ¿Sabe que me la llevo esta noche? Voy a amarla como si se tratara de la última mujer que va a caer en mis brazos.

—No me importa lo que mis empleadas pueden hacer cuando terminan su trabajo. Alb sonrió.

—Es posible que despidiera así a Mary… Pero Rina no aparecerá muerta en la arena.

Tanto ella como yo tenemos muchas ganas de vivir.

Salió del despacho dando un portazo. Al principio del corredor se abrió una puerta y apareció Rina, abrochándose el vestido.

—¿Terminaste? —preguntó ella.

Que Rina hubiese salido de su camerino sin haber terminado su atuendo, en el preciso instante en que él dejaba el despacho de Wolf, le pareció muy significativo.

—Sí, ya he terminado. Verdaderamente Wolf está muy asustado. Y tiene motivos para estarlo —comentó Alb, en tono ligero.

El coche de Alb había sido aparcado unas manzanas de casas más allá del «Crystal Club».

Por si ella lo sabía, no quiso mentir.

—Mi coche queda lejos. Cogeremos un taxi.

—¿Por qué? Me gusta caminar… De paso entraremos en algún bar a tomar algo. Me gusta sentirme cliente.

Una hora más tarde todavía iban visitando establecimientos. Alb cada vez parecía más inseguro.

—La estoy cogiendo, muñeca.

—También yo —rió ella—. ¿Es bueno tu hotel?

—Puaf… Un garito.

—¿Queda lejos?

—Bastante. ¿Por qué?

—Cerca del mar hay un chalet de un amigo mío. Está fuera y yo tengo las llaves. Si cogiéramos un taxi…

—Hecho —contestó Alb, con voz de no tenerlas todas consigo.

Se puso en el borde de la acera, oscilando el cuerpo y cuando apareció un taxi movió el brazo. Pero el vehículo pasó de largo.

—¡Maldito puerco!

Pasó otro. Y otro. Por fin se detuvo uno.

—¡Lo conseguimos! —Palmoteo Alb.

Ella se dejó enlazar por la cintura, ya los dos sentados en el interior del taxi. Rina, riendo, se inclinó a un oído del conductor y murmuró algo.

El coche arrancó…

CAPÍTULO IV

Alb se dejó caer en un diván, al tiempo que ella, riendo, decía:

—Voy a preparar café.

—Espera.

La cogió un brazo y tiró con fuerza, pero suavemente, hasta obligarla a sentarse sobre sus rodillas.

Entonces le cogió la cara con las dos manos y la besó en la boca. Ella pareció que fuera a rechazarlo. Pero de pronto no sólo permaneció quieta, sino que su cuerpo se hizo más blando.

Con la cara hacia arriba, la cabellera casi tocando el suelo, entornó los ojos y musitó:

—Otro beso, muchacho.

Alb obedeció. De pronto ella le puso una mano sobre un hombro, empujándolo.

—¿Qué llevas ahí?

—Una automática…

—¡Qué horror! —Y se levantó, como verdaderamente espantada, cubriéndose el rostro con las dos manos.

—¿Tanto te asustan las armas de fuego?

—¡Mucho! ¡Desde que una vez vi cómo un hombre era acribillado! ¡Esconde ese chisme!

—Está bien. Lo dejaré bajo aquel almohadón.

Ella esperó a que escondiera el arma. Cuando Alb volvió a sentarse en el diván, Rina se marchó a la cocina.

Cuando unos minutos más tarde asomó, Alb parecía dormido. Enseguida se retiró. Apareció diez minutos más tarde, con una bandeja.

—Perdona que haya tardado tanto… No encontraba las cosas. Alb simuló que se despertaba.

—¿Hace mucho que me dejaste?

—Casi un cuarto de hora. Aquí está el café.

Dejó la bandeja sobre una mesita. Había dos tazas. Rina cogió una y se sentó en un sillón que había frente a Alb.

—La verdad es que no me apetece el café a estas horas —dijo el periodista—. Pero ya está hecho.

Se levantó, tropezó con un mueble y fue a apoyar las manos en la bandeja. La taza se volcó.

Dentro de la bandeja quedó el café. Rina se había levantado con tanta violencia, que parte del café que tenía en la taza saltó, manchándole el vestido.

—¡Estás borracho! —gritó Rina, encolerizada.

—Algo —contestó suavemente Alb—. Pero nada se ha perdido… El café no me apetecía y ha quedado en la bandeja. El tuyo ha hecho más perjuicios —y señaló la mancha en el vestido.

—¡Por tu culpa!

—Ya sé, muñeca. Pero debes disculparme…

Le quitó la taza de las manos y le pasó un brazo por la cintura.

—¡Luego! —Y Rina lo empujó—. Voy a llenarle otra taza.

—¿Para qué? Me mantendré despierto sin necesidad del café… Mírame. —Alb se frotó la cara con las dos manos y apareció un gesto risueño, lleno de picardía—. ¿Te das cuenta? Ya soy otro.

Efectivamente, Alb parecía transfigurado. De nuevo era el hombre que pisaba firme, preparado para toda sorpresa.

En los ojos de Rina asomó el miedo. Instintivamente miró hacia la puerta. Vio que el pestillo estaba pasado, cuando ella estaba segura de haberlo dejado descorrido.

Alb se acercó a ella. Rina, riendo, retrocedió varios pasos hasta parecer que tropezaba con un sillón. Era precisamente el que tenía el almohadón bajo el cual Alb dejó la automática.

Al sentarse metió la mano bajo el cojín, buscando.

—¿No te horrorizan las armas de fuego? —preguntó Alb. Ella saltó, sobrecogida.

—¡Oh, sí!

Alb la cogió de los brazos y la atrajo con fuerza. Mientras la besaba, sus manos recorrían el cuerpo de Rina.

—Ahora, nena… la lección de amor… Vamos arriba.

—¡No!

—¿Por qué no? Aquí hay demasiados ventanales que dan al jardín. ¿Quién nos garantiza que no nos están espiando?

Era lo que ella temía. Y si estaban espiándoles, no quería parecer que ella se sometía demasiado pronto.

—¡Tendrás que llevarme a la fuerza! Alb se quedó mirándola, sonriendo.

—Ya entiendo… Eres de esas mujeres de fuego «rápido», pero que pronto se enfrían. A mí me ocurre lo contrario. Soy llama lenta, pero que cada vez toma más fuerza. Me has traído aquí porque te interesaba saber cómo una muchacha difícil de contentar, como era «Ojos de Miel», podía estar entusiasmada conmigo. Lo vas a saber —extendió un brazo, señalando—. Sube esa escalera.

—¡No! —Y Rina se puso enhiesta.

—Está bien.

Antes de que ella pudiera prevenirse, Alb se le acercó deprisa un poco inclinado, hizo que se doblara sobre uno de sus hombros y emprendió la escalera.

La cabellera se enredaba con las manos de Rina, cuando le golpeaba en la espalda. Tal como iba no podía darse cuenta que la mano que Alb mantenía libre sostenía la automática.

El periodista no estaba seguro de que dentro de la casa no hubiera alguien. Ya arriba, la primera puerta que le salió al paso la abrió con el pie.

Era un dormitorio. Tiró su carga sobre el lecho y cerró la puerta.

Rina se incorporó, quedando sentada en el borde del lecho, las piernas al aire, el escote dejando entrever parte del busto.

Alb ya se había guardado la pistola cuando se volvió de cara a ella. Un brillo de embriaguez asomó en los ojos negros de Rina.

—¡Sospechas una trampa! —dijo ella, con voz renca. Alb se encogió de hombros.

—¿Por qué?

—¡Desde el primer momento… has estado fingiendo! ¡Tu embriaguez era falsa!

—Es posible…

Rina empezó a arreglarse el cabello, sin dejar de mirarlo.

—Eres valiente,… Y si me besas… no me resistiré. Mientras Alb avanzaba hacia ella, dijo:

—Resistiéndote sólo conseguirás que la llama tuviera más

fuerza.

Ya a un paso de ella, Alb tiró la pistola sobre un sillón que quedaba lejos. Ella comprendió que todo era inútil. Por otro lado, la excitaba el sentirse acariciada por un hombre que pronto dejaría de existir.

Y salió al encuentro de los labios de Alb, estrechándose contra él, mientras pensaba con demoníaca alegría que alguien muy poderoso en aquellos momentos estaría rugiendo de celos…

* * *

Lo primero que Alb tizo fue recobrar la pistola y enfilarla en la sobaquera. Rina siguió inmóvil, como adormilada.

Pero no perdía de vista a Alb.

—¿Decepcionada? —preguntó él.

Ella abrió los ojos, todavía muy brillantes, y sonrió.

—Sabes muy bien que no. ¡Lástima que no nos conociéramos antes!

—¿No eres libre?

—Demasiado sabes que no.

—Yo sólo sé que no eras amiga de Mary.

Ella se incorporó, quedando sentada, sin más cobertura sobre el pecho que la negra cabellera.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Mary no ha podido decir a nadie que había un hombre que la entusiasmaba por su forma de acariciarla. Mary sentía horror a las caricias… Era una enferma. A mí me lo confesó cuando me gané su confianza. Y entre ella y yo nunca hubo nada más que una buena amistad.

—¡Tú le has dicho a Wolf que el cuerpo de Mary no tenía secretos para ti! —prorrumpió Rina, súbitamente encolerizada.

—Me refería a su alma, pero a Wolf le dije el cuerpo… para que se asustara. Un palo de ciego que ha dado resultado.

Rina saltó como una tigresa. Primero quiso cubrirse. Pero optó por atacar a Alb, en el momento en que éste se ponía de lado.

Llegó a tocarle el cuello con las uñas. Alb hizo un hábil movimiento, empujándola y se volvió.

Una mano de él chascó contra el rostro de Rina.

—Has cometido demasiados errores… En el club saliste de tu camerino en el momento que yo cerraba la puerta del despacho. ¿Estabas escuchando lo que hablamos?

Rina no contestó. Pero se advirtió que se estremecía, por la sorpresa.

—Aquí, cuando te has encerrado en la cocina, has comunicado con alguien por teléfono. ¿Pusiste un somnífero en mi café?

Rina soltó una risa que quería ser de burla, pero que contenía mucha rabia.

—¡Qué estupidez! ¡Eres más infantil que la policía! Ahora di que la casa está llena de enemigos, o que hay escondidos micrófonos…

—No creo que haya nadie más en la casa. Y en cuanto a los micrófonos, podrá haberlos en cualquier parte menos en esta habitación.

—¡No estés tan seguro!

—En el caso de que en esta habitación los hubiera, tú serías la primera sorprendida.

—¿Yo, por qué?

—Desde que nos tratamos… la única «sinceridad» que ha habido en ti se ha producido en esta habitación, contestando a mis caricias.

Porque era cierto, porque ella era quien más sabía hasta qué extremo se había dejado llevar por su apasionado temperamento, porque todavía quedaba en su piel, y en su sangre, parte del fuego en que conscientemente se había envuelto, se irguió, con los ojos relampagueantes.

—¡Tus horas están contadas!

—¿Y las tuyas?

—¿Qué puede ocurrirme a mí? Yo he cumplido trayéndote aquí… Si los demás han fallado, no es culpa mía. Si alguien había espiándonos desde el jardín, ha podido ver que yo me resistía.

—Es de suponer que todos los teléfonos de la casa estarán desconectados, excepto el de la cocina.

—¡Incluso el de la cocina!

—Bien. Aquí no es mal sitio para pasar la noche. Y cuando salgamos, ya habrá suficientes transeúntes por los alrededores para que nadie se atreva a atacarme. Y aunque alguien lo intentara, tú te encargarías de ahuyentarlo, porque la perjudicada ibas a ser tú. Saldremos de aquí tan juntos, que nadie podrá darse cuenta que

tengo ayudado en tu cintura el cañón de mi pistola…

Rina palideció. En silencio empezó a vestirse.

* * *

Alb hacía rato que permanecía sentado en el sillón, con los brazos cruzados, las piernas extendidas.

Rina, vestida, se hallaba echada sobre el lecho. Ya había transcurrido mucho tiempo desde qué cruzaron la última palabra.

—¡No puedo más! —exclamó ella, poniéndose de pie—. ¡Esta quietud y silencio me agobian!

Se acercó a la puerta y la abrió.

—No me obligues a emplear la violencia —advirtió Alb—. Permanece aquí hasta que amanezca.

—Voy a beber algo.

—Está bien —y Alb se incorporó.

Empezaron a descender la escalera. Abajo seguían las luces encendidas. Cuando Rina estaba llegando a los últimos peldaños, Alb dijo:

—Cruza corriendo el área que domina el ventanal.

Ella volvió la cabeza, y con un gesto de burla comentó:

—¡A que resulta que eres tú el asustado!

—No digo que no. Pero me parece que tú corres tanto peligro como yo. Rina se echó a reír.

—¿Por qué?

—¿Qué comunicaste por teléfono?

—Es cuenta mía.

—Yo te lo diré. Tú estabas en el «Crystal» para controlar a Wolf. Apenas entré en el despacho, él me indicó por señas que había un micrófono sobre la mesa y que ciertas cosas no debía plantearlas.

Surtió efecto. Rina contrajo el rostro, en un acceso de ira.

—¡Ese maldito traidor…! Pero de poco le valdrá escabullirse. Siguió descendiendo la escalera.

—¡Espera, Rina!

Alb ya había calculado los movimientos que debía hacer para llegar al conmutador de la luz. Pasó junto a ella, empujándola hacia atrás.

—¡Corres tanto peligro como yo! —dijo Alb, corriendo agachado

hacia la puerta. Rina soltó una carcajada y siguió descendiendo, mientras decía:

—Pareces una rata asustada.

En ese momento los cristales del ventanal estallaron bajo el fuego de una metralleta.

Rina empezó a oscilar.

—¡A tierra! —gritó Alb, al tiempo que apagaba la luz.

Quedó encendida solamente la de la cocina, y las de arriba. Los disparos de metralleta empezaron a puntear la puerta, y a hacer estallar los cristales del otro ventanal.

Ambos ventanales estaban defendidos por rejas. Yendo agachado, Alb se situó junto a una reja. Se puso en pie y aguardó a que se produjera otra rociada.

Surgió un chorro de fuego, de nuevo contra la puerta. Alb apretó el gatillo dos veces. Y el que empuñaba la metralleta retrocedió, disparando a lo alto.

Al momento se oyó el arma dando contra el suelo. Enseguida, el cuerpo del individuo.

No muy lejos un coche puso en marcha el motor. Con los faros apagados hizo un pequeño trayecto.

Al encender los faros enfilando un cruce de caminos, brotaron varios haces de luz, acompañados de descargas de fusil ametrallador.

Al momento el coche quedaba envuelto en llamas.

Alb sólo advirtió el estruendo de armas. Apenas derribar al que disparaba contra la puerta corrió al lado de Rina.

En la penumbra vio sus ojos negros, muy abiertos. Todavía alentaba. Levantó una mano, rosando con la punta de los dedos el rostro de Alb.

—¡Gran… muchacho! ¡Huye…!

—¿A quién pertenece esta casa?

—Está… a mi nombre…

—Eso no interesa. ¿Quién está tras de ti?

—No podrás… con él… ¡Huye!

—¿Quién está?

Rina cogió a Alb de la barbilla, atrayéndolo, como pidiéndole que la besara. Ya rozándose los labios, ella musitó:

—Connally…

Levantó un poco la cabeza, para tocar con los suyos los labios de Alb. El hundió las manos en la cabellera, mientras la besaba. Notó cómo el pulso se detenía definitivamente.

En la puerta sonaron golpes.

—¡Abran a la policía! ¡Llama el teniente Huston! ¿Me oye, Kerley?

Alb separó las manos de la cabeza de Rina y se incorporó. Caminaba como un autómata.

—¡Voy a abrir, teniente!

Había reconocido su voz. Antes de descorrer el pestillo, tocó el conmutador de la luz.

Entonces se vio lleno de sangre. Pero toda no procedía de las heridas de Rina.

Un proyectil de metralleta le había mordido en el costado izquierdo.

La policía entró en tromba, todos con las armas preparadas. El teniente se encargó de Alb.

—¡Testarudo del demonio…! ¡Hemos estado horas vigilando esta casa! ¡Luces aquí abajo! ¡Luces arriba…! ¿Lo has pasado bien?

Alb se miraba la herida en el costado. Con la cabeza inclinada contestó:

—No puedo quejarme…

Determinado perfume le hizo levantar la cabeza. Vio ante sí a la muchacha que aquella mañana lo abordó en la finca de Bagwell. Ella le miraba con dureza.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Acaso es policía? —preguntó Alb.

—¡No soy policía! ¡Ni ganas!

—Voy a ver si encuentro utensilios de cura —dijo Alb, echando a andar hacia la cocina.

—Quédese ahí sentado. Ahora lo atenderán —dijo el teniente.

La muchacha se había acercado a donde estaba el cuerpo de Rina.

—¿Quién es? —preguntó Alb.

—Ya se lo dirá ella… Vino a mi despacho para pedir que un agente la acompañara al «Crystal». Ella ya estaba allí cuando usted llegó. La muchacha está furiosa por la facilidad con que usted mordió el anzuelo.

—¿Usted la ha visto? —preguntó Alb, forzando un tono

humorístico. El teniente miró hacia la muerta.

—No he llegado a verla viva…

—Pues según ella me ha dicho, ésta es la tercera noche que actuaba en el «Crystal». El teniente movió la cabeza, negando.

—Tengo un agente desde anteanoche en el club, y esta noche es la primera vez que ha aparecido en público. Y esta casa hace meses que estaba deshabitada…

—Averigüe a nombre de quién está.

—¿Qué espera conseguir con eso? Perderíamos el tiempo. Hay demasiados testaferros en Miami para impedir que se llegue al verdadero propietario.

Un agente se acercó, con utensilios de cura.

—Ha tenido suerte —dijo el que lo curaba—. Sólo una rozadura.

—¡Qué lástima! —rechinó el teniente—. Lo que daría por verlo amarrado a la cama durante meses. ¿Piensa decirme si ha conseguido averiguar algo que merezca ser tenido en cuenta?

—Sólo he averiguado que esa mujer podía ser la condenación del hombre más frío, como ella se lo propusiera. ¡Qué manera de besar…!

—¡Está bien, Kerley! —lo interrumpió el teniente, irritado—. Usted no olvida que no quise atenderle cuando me pidió protección para Mary Dolgin.

—¿Por qué tenía que guardarle rencor? Usted tiene sus puntos de vista. Mientras una persona no es aplastada no hay por qué pensar que corre peligro.

Huston contrajo el rostro y apretó las mandíbulas.

—¡Le dije que no estaba tan sobrado de hombres para dedicar a uno de ellos a seguir a una muchacha bonita!

—Repito que no le guardo rencor por eso. Pero sí me reprocho haber dejado que su punto de vista me contagiara. Pensé que mi asiduidad al club podía ser contraproducente y durante varias noches no aparecí por el «Crystal». ¡Eso no me lo perdonaré nunca! —Y por primera vez desde que entraron los policías, Alb permaneció sombrío.

La bella muchacha se había acercado a ellos. Hizo un gesto al teniente y éste dijo:

—Luego hablaremos.

A partir de este momento los policías parecieron olvidarse de

Alb y la bella joven, que acababa de sentarse frente al periodista.

—En cierto modo mi papá tiene razón cuando asegura que usted tiene la tozudez de…

No se atrevió a seguir. Lo hizo Alb.

—… De una mula. Y bien, ¿quién es su papá? Ella se quedó mirándolo con ironía.

—¿No lo sabe?

Alb, muy afectado, empezó a asentir con movimientos de cabeza.

—¡Sí…! ¡La pequeña Eslie…! Por algo me decía su cara que yo la había visto… Por fotografía, desde luego. Su hermano llevaba unas cuentas encima. Incluso tenía una pegada en el coche, como mascota.

Los ojos de Eslie se llenaron de lágrimas.

—¡Y le di suerte…!

—También podía yo culparme de su mal fin. Nada se podía hacer con Wil. Él era el primero en saberlo. Y el «accidente» es muy posible que fuera provocado por él mismo.

—¡No! —Fue un quejido, mientras Eslie se cubría el rostro con las manos.

—A mí me duele tanto como a usted, Eslie. Aunque su padre le haya dicho lo contrario, yo estimaba a su hermano. Y no recuerdo día más gris que cuando presencié cómo lo sacaban de los restos del coche.

Eslie se descubrió el rostro. Súbitamente apareció serena.

—Esta tarde he tenido una larga conversación con mi padre. Le he descubierto mi juego… Yo hace tiempo que persigo vengar de alguna manera a mi hermano. En casa y fuera de ella, he procurado relacionarme con gente, sin más fin que divertirme. Pero he ido clasificando tipos. Los hay siniestros, con máscara de inofensivos. Los hay hipócritas, traicioneros…

—¿Figuro yo en su lista?

—Desde que llegué a Miami, conozco todos sus pasos. En el primer momento pensé que sus reportajes no perseguían otra cosa que conseguir dinero.

—Y acertó.

—No. Conozco bien sus ingresos. Puede que papá esté en lo cierto al decir que usted tiene la ambición del vanidoso. Alternar

con mujeres bonitas, meterse en asuntos peligrosos, para que se hable de usted…

—Exacto —admitió Alb, mordaz—. El sentido de la Justicia, el desenmascarar a los que pudren la sociedad, para los tontos. ¡Muy listos los Bagwell! Por eso, cuando me he dado cuenta que habían descubierto mi juego, he provocado una trifulca con su padre para separarme del periódico.

Ella lo miró sonriendo.

—¿Escuece?

—La estupidez me saca de quicio, muñeca… Vuelva a su casa y déjeme en paz.

Iba a levantarse, pero enseguida hizo un gesto de dolor. A medida que iba enfriándose la herida, le dolía más.

—Puede que usted ame la Justicia… Indudablemente usted siente aversión hacia los individuos que se escudan en la legalidad para cometer toda clase de delitos… Pero no puede negar que goza del ruido en sus reportajes. Como también es indudable que siempre hay a su alrededor alguna muchacha bonita.

—¿Y por qué tenían que ser feas? En los medios en que se desenvuelven estos asuntos, las feas tienen poco que hacer.

En ese momento estaban sacando el cadáver de Rina. Alb quedó serio mirando hacia la puerta llena de impactos.

—¿La mataron… porque no sabían contra quién tiraban? —preguntó Eslie.

—No. Había luz cuando soltaron la primera ráfaga.

—¿Cómo se explica entonces…?

—La misión de Rina era endosarme un somnífero y abrir la puerta. En lugar de eso, los que aguardaban vieron…

Se interrumpió, mirando a Eslie como a una chiquilla demasiado preguntona.

—¿Qué vieron?

—No es para oídos de niña.

Eslie se levantó, como si él la hubiese insultado.

—¡Voy a cumplir los diecinueve! ¡Y aunque tuviera menos años, nada podría asustarme! En el colegio no estamos tan aisladas. ¿Qué vieron? ¿Que le trataba… como a una persona grata?

—¡Eso no le concierne! ¿Por qué no se va a casa?

—Porque usted ha de acompañarme —contestó Eslie, con toda

tranquilidad—. Y se quedará allí. Lo tengo convenido con el teniente.

—Ah, ¿sí?

—Escuche, hace días que sospecho de alguien de casa… Hoy lo he comprobado. El criado que usted golpeó esta mañana se comunica con alguien.

—¿Sobre qué?

—Sobre las actividades de mi padre… Sobre la discusión que usted tuvo con él esta mañana.

—En su casa había esta mañana mucha gente…

—Hasta el anochecer hemos tenido invitados.

Mientras hablaba, Alb iba pensando deprisa sobre la proposición que Eslie le acababa de hacer.

—¿Qué se propone teniéndome en su casa?

—Dar la sensación de que usted y papá se han reconciliado. Y ahora que por fortuna está herido…

—¿Por fortuna?

—Para mi plan, sí. Así podremos tender una trampa al criado… Alb empezó a sonreír, admirando a Eslie.

—Es usted tan lista como… Bueno, ya tenemos otro jaleo en que figura una mujer bonita. ¿Tengo yo la culpa?

—No. Ni yo tampoco… si es que soy yo esa mujer bonita.

—¡Como que usted no lo sabe! En la piscina esta mañana todos los hombres estaban pendientes de usted…

—¿Todos? Alguien me mandó a paseo, cuando le pedí fuego —replicó ella, sonriendo con malicia.

—Veía trampa.

—¿Y con la que le ha traído aquí, no?

—Con Rina el juego era distinto; con ella era a perder… o ganarlo todo. Con usted, algo me advirtió que el único resultado sería perder, aunque ganara.

—¡No le entiendo!

—¿De veras?

La cogió de los hombres y la besó en la boca. El rostro de Eslie se puso muy encamado. Levantó una mano, para frotarse los labios.

—¿Qué ha hecho?

—¿Ve? Ahora puede entenderlo… Con chicas como usted, siempre se pierde. En la puerta estaba el teniente Huston.

—Confiemos en que un día salga la muchacha que le rompa la cabeza, Kerley —dijo el policía.

—Ahora sólo se trataba de dar una explicación… Ni usted ni Eslie deben pensar otra cosa.

CAPÍTULO V

Hans entró en el despacho de Alvy Connally y anunció:

—Wolf quiere verle.

Connally contrajo el rostro, enfurecido.

—¿Cómo se ha atrevido a venir?

Tras el lugarteniente de Connally apareció Greg Wolf, sonriente.

—¿Qué tiene de particular, mi estimado amigo?

El aplomo con que le hablaba desconcertó a Connally.

—Retírate —le dijo a Hans. Y al quedar a solas con Wolf añadió —: La policía ha podido seguirte.

—¿Y qué? No es nuevo que una de mis «empleadas» aparezca muerta… Claro que Rina no era empleada mía, pero así lo he hecho saber a la policía.

—¡No has debido venir! Si tenías algo importante que comunicarme, haber utilizado otro medio…

—¿El teléfono? No me fío del teniente Huston. Lo tendrá intervenido…

—¡Mayor motivo para no venir a mi casa…!

—Pero ¿por qué no? —Y Greg Wolf volvió a su habitual manera de comportarse ante la policía. Se puso a reír.

Esto era demasiado nuevo para Connally. Greg Wolf siempre le había mirado con respeto, con miedo.

Se levantó y rodeó la mesa. Wolf no se movió, ni siquiera cuando el otro lo agarró de las solapas.

—¿Qué significa esa risa?

—Que estoy contento… Ya sabes que siempre he sido muy alegre. En cuanto a que la policía me haya seguido, ¿qué importancia puede tener? Tú eres amigo del teniente Huston. Ayer estuviste en su despacho, cuando yo te esperaba en mi casa. ¿Debo

quejarme por eso, Connally?

—No estás en situación de hacerlo, Wolf —dijo agoreramente el otro.

—Sí. Parece que he caído en desgracia.

—¡Tu ambición te ha llevado a eso! ¡Has querido abarcar más de lo que te correspondía! ¡Desplazaste a Stanton del barrio que se le tenía asignado!

—¿Yo? No bromees…

—La Organización dispone de pruebas de que tú metiste agentes tuyos en el área de Stanton.

Greg Wolf dejó de reír.

—¡Conque el asunto ha llegado a las alturas! Y por eso ayer me enviaste a Pana con orden de que pusiera un micrófono en mi despacho para que ella escuchara mi conversación con el periodista…

—Hizo algo más que escuchar —contestó Connally.

Y se trasladó a un extremo del despacho, donde había un magnetófono. Lo puso en marcha y empezó a oírse la conversación que sostuvieron Wolf y el periodista.

—La cinta la dejó Rina en el taxi, que conducía uno de los míos —dijo Connally, cerrando el aparato.

—No me importa cómo llegó a tu poder —dijo Wolf, por momentos más tranquilo—. Quiero oír hasta el final de la conversación, a ver si hay algo contra ti.

—Te has mostrado asustado ante el periodista. Y al final… Connally dejó que pasara la cinta. Por dos veces la paró.

—El periodista me ha nombrado —dijo Connally.

—¡Pero yo no tengo la culpa!

—A ver esto otro.

Fue al final de lo registrado cuando se oyó la voz de Alb, contestando a Wolf, cuando éste le dijo que esperaba que le pidiera dinero: «Por si tiene instalado algún micrófono para que recoja nuestra conversación… sepa usted, y los que puedan oírnos, que el dinero no es mi debilidad. Si fueran mujeres como Rina…».

Connally cortó en un acceso de furor. Wolf se dio cuenta y esbozó una sonrisa.

—¿Qué hay de malo en eso?

—¿Por qué aludió el micrófono?

—Porque el periodista no es tonto. Era una mujer extraordinaria esa Rina. ¿Sabes, Connally? Apenas la vi me acordé de aquella que vimos actuar en un casino de Las Vegas, hará cosa de medio año. Tú estabas entusiasmado, pero ella no te bacía mucho caso…

¿Cómo se llamaba? Ah, sí; Irish… Cualquiera diría que es Rina. Pero lo dudo, porque ésta se presentó ayer pareciendo un perro fiel tuyo… Aunque actuando en la pista, volvió a recordarme a la de Las Vegas. ¿Es Irish la que mataron esta madrugada?

Connally iba palideciendo. El odio y los celos se reflejaban en su cara.

—¡Sí, es ella! ¡Ahora estará en el infierno retorciéndose ante el diablo más joven, y el periodista será el que rabiará!

—No lo creas —replicó Wolf, sentándose muy tranquilo—. Pero volvamos a lo que a mí me interesa… ¿En las alturas hay pruebas contra mí?

—¡Las hay!

—Entonces… el enviarme al club a «Ojos de Miel»…

—No. Te la envié porque el señor Bagwell me lo pidió. Por entonces nada sabíamos de ella.

—Pero cuando descubristeis lo que perseguía, no encontrasteis mejor solución que matarla y dejarla en la playa.

—El mar la trajo…

—Y antes de matarla, la torturasteis pinchándola…

—No intervine en nada de eso. Si quieres saberlo, investiga por tu cuenta.

—Lo harás tú, Connally. Y te vas a dar prisa… Esa muerta dejará pronto de apuntar a mi club, porque existe otra, más reciente, que te señala.

—¿Rina?

—O Irish, da lo mismo.

—No. Con Irish me habrán podido ver algunos amigos, pero no en Miami. Rina llegó ayer mismo. No hizo más que registrarse en un hotel con ese nombre y enseguida ir a tu club. Nadie me ha visto con ella…

Greg Wolf soltó una breve risa.

—Te olvidas que tengo más experiencia que tú, para manejar esta clase de mujeres. Te he dicho antes que Rina se presentó como un perro fiel a ti, pero la verdad es que me pareció que te tenía

miedo. ¿Por qué ha muerto? ¿Qué falló, Connally? El periodista tiene una buena figura y mucha suerte con las chicas. ¿Quieres que te diga qué ocurrió? Kerley se hizo con ella…

Connally, con el semblante demudado, se lanzó sobre Wolf. Lo agarró de las solapas y lo obligó a levantarse.

—¡Ríe lo poco que te queda de vida, Wolf! ¡De un momento a otro la Organización decretará tu desaparición!

Wolf no perdió el gesto risueño.

—Hombre celoso, da pasos en falso… No gustará a las alturas que intervenga en las reuniones secretas un hombre como tú, Connally, que se deja llevar por impulsos de jovenzuelo. Y yo puedo dar cuenta de lo que ha sucedido esta madrugada.

—¿Tú? —Connally lo soltó, empujándolo con desprecio—. ¡Pobre diablo! ¡Pronto harás compañía a esa pécora y al periodista!

Wolf soltó una carcajada.

—¡Ahí quería cogerte! ¿Quién te ha dicho que el periodista ha muerto también?

—¡Tengo enlaces en la misma comisaría!

—¡Fíate del teniente Huston! El periodista vive, y está escondido… Todavía no ha recobrado el conocimiento. Pero de un momento a otro podrá reponerse. ¿Qué confidencias le habrá hecho Rina? Date prisa en deshacer las pruebas que la Organización pueda tener contra mí, porque de lo contrario tardarás poco en seguirme a la tumba.

Connally se encontraba de espaldas a Wolf. De pronto giró, con una pistola en la derecha.

—¡Estás mintiendo, Wolf!

—Bien. Dispara —replicó el otro, encogiéndose de hombros.

—Haré algo mejor. Mis muchachos te harán confesar dónde se esconde Kerley, si es que de veras no está en el depósito.

—No harás nada. Ni siquiera me retendrás aquí —consultó el reloj y agregó—: Tengo convenidas las pausas en que deberé telefonear para dar a entender que nada me ocurre. En el momento que no llegue la consigna, el enlace que tengo dará cuenta a la policía de que deben reforzar el sitio donde está escondido Kerley, porque ya ha pasado a conocimiento tuyo.

—¿Mío? —preguntó, ahogándose por la cólera. Wolf asintió, sin hacer caso de la pistola.

—Sí, tuyo… Anoche me juré que no olvidaría las angustias que tú y la Organización me habéis hecho pasar estos días. Me retiro, Connally. Puedes disparar…

Echó a andar hacia la puerta. Connally bajó el arma.

—¡No te marches! ¡Dame una prueba de que Kerley vive, y te ayudaré en la Organización!

—Tendrás que fiar en mi palabra, Connally. Estoy yo ahora en situación de mandar.

—¿Cómo podré ponerme en contacto contigo?

—Hasta las siete permaneceré en mi casa. Cualquiera de tus hombres podrá verme allí. A partir de esa hora, en el club… Porque por curioso que te parezca, todavía no han dado orden de cerrarlo. Ni me han molestado por la muerte de Rina. Eso parece indicar que la policía sabe ahora por dónde corre el agua…

Cuando Wolf salió, entró Hans.

—¿Lo detengo? —preguntó.

Connally, con el rostro lívido, movió la cabeza, negando.

* * *

Para todos los de la casa, incluso para el padre de Eslie, constaba que el hombre guardado en una de las habitaciones superiores se hallaba inconsciente.

Había un agente en su habitación. A media mañana apareció un médico y estuvo un rato interviniéndole.

En el pasillo aguardaban Bagwell, su hija y el criado Emory. Cuando el doctor precisaba algo, el criado se encargaba de traerlo.

Por dos veces vio Emory a Alb, tendido en el lecho, con el pecho cubierto de vendajes, en actitud de haber perdido el conocimiento.

Cuando el doctor se marchó, Eslie dijo al agente:

—Baje a comer algo. Yo me quedaré con él.

El padre de la muchacha la miró escandalizado, pero nada objetó. Al quedar solos Alb y Eslie, el periodista abrió los ojos.

—Esta farsa no va a dar resultado.

—¿Por qué no? —Y la joven se sentó en la mesita donde había un teléfono.

—Porque no tendré paciencia para estar aquí encerrado mucho tiempo.

—Yo no creo que vayamos a precisar mucho tiempo para que los cartuchos estallen —contestó ella, con mucha seguridad, mirando el aparato.

—Quien hable por teléfono desconectará todos los de la casa —apuntó Alb.

—Menos éste. Hace días, aprovechando que papá y Emory salieron para el mercado de esponjas, en Tarton Springs, procuré que un técnico hiciera una conexión secreta a todos los teléfonos de la casa.

—¿Desde cuándo sospecha de Emory?

—Desde que regresé del colegio. Aprueba todo lo que hace papá. Y mi padre hace muchas cosas mal.

—Pero un asalariado no puede permitirse el lujo de criticarlas.

—Emory es algo más que un asalariado. Desde hace tiempo goza de la confianza de papá. Incluso invierte dinero en jugadas de bolsa, guiándose por lo que papá le dice. Ya dispone de un capital y en el momento que lo desee podrá vivir coa toda independencia. Sin embargo, sigue aquí.

—No es un motivo para que le resulte sospechoso. Yo confieso que siempre le he tenido antipatía, pero no me dejo llevar por eso…

Eslie se quedó mirando a Alb, con expresión seria.

—Yo siempre he presentido dónde hay un bicho venenoso. Y pocas veces he fallado… El teléfono dio una leve señal. Alb saltó del lecho y se situó al lado de Eslie.

Manteniendo los rostros bien juntos, ambos pudieron escuchar con un solo auricular.

La conversación fue muy breve. Enseguida colgaron.

Se refería a Alb, a su «inconsciencia», a la intervención del doctor y al agente que lo guardaba.

Cuando la muchacha dejó el auricular, miró triunfalmente a Alb.

—¿Qué me dice ahora?

El periodista la agarró de los hombros.

—¡Que es usted maravillosa, con su intuición y esa cara de niña despistada! Esto, que juzgara su rostro como el de una bobalicona, pareció indignarla.

—¡Oiga! ¡Si me lo propongo…!

—¡No cambie de gesto! —advirtió Alb.

—¿Por qué?

—Porque… —se interrumpió, para besarla fuertemente en la boca—. Por esto; porque ya no me duele besarla. Se lo aconsejo, Eslie; es usted demasiado bonita. No ponga picardía en su expresión. De lo contrario, me van a echar de aquí a escobazos.

Eslie se puso de pie, muy seria, las mejillas encendidas.

—¡Alb! ¡Ya le he demostrado que tengo intuición! Usted se propone molestarme para que esta farsa, que usted ha aceptado a regañadientes, se vaya al traste…

Alb rompió a reír.

—¡El caso es que las dos cosas son verdad! Deseo salir de aquí y obrar por mi cuenta… Pero no es menos cierto que cada vez que la miro… ¿Por qué será la Hija de un hombre que cree que solamente importa el dinero?

—¿Preferiría que fuera una de tantas que ha conocido en los clubs nocturnos?

—Pues sí… siempre que llegáramos a conocernos a tiempo. La apartaría de esos sitios.

—¿Para qué?

—Pues… suponiendo que usted supiera cocinar, planchar camisas, etcétera…

—Sé todo eso. En el colegio aprendimos de todo.

—¡Que maravilla! Si tuviéramos la suerte de que su padre se arruinara, usted no le haría ascos a vivir en un pequeño departamento.

—Para cuidar de usted… hasta que alguien le abriera la cabeza y quedara viuda.

Porque supongo que nos casaríamos.

—Así sería. En cuanto a que me abrieran la cabeza, sería más cauto en mis reportajes.

Defendería las mismas cosas que ahora, pero sin armar tanto ruido…

Eslie se echó a reír.

—¡Menos mal que lo ha arreglado! Temí que fuera a decir que ya no defendería causas justas, por lo peligrosas… ¿Sabe que me ha dado una idea? Me temo que alguien sospeche de la conformidad de papá, al admitirlo en nuestra casa, cuando ayer echaba pestes de usted. Voy a sacarlo de quicio diciéndole que estoy enamorada de usted.

—No lo creerá. Sabe que apenas nos conocemos —replicó Alb, con sencillez.

—Le diré que Wil me hablaba de usted, cuando me escribía al colegio. Fuera se oían pasos. Alb volvió a tenderse.

—Si es el agente, márchese. El y yo permaneceremos alerta con el teléfono.

—Sí —y una maliciosa sonrisa apareció en los encendidos labios de Eslie—. Voy a emprenderla con papá… Tan pronto le insinúe que le he traído aquí por algo más que por ayudar a la policía, los gritos se oirán en toda la casa. Procuraré que Emory esté cerca…

El agente tocó con los nudillos en la puerta, dando la señal convenida. Apareció muy satisfecho, con un cigarro encendido.

—¿Lo han tratado bien? —preguntó la muchacha.

—¡Magníficamente! Su criado Emory es muy atento.

—Siempre lo ha sido —contestó Eslie, esbozando una sonrisa de sorna. Apenas marcharse, Alb se quedó mirando el cigarro.

—¿De mí nadie va a acordarse? ¡Quiero comer! ¡Y fumar un cigarro tan largo como ése!

El agente se azoró.

—¡Pues no he pensado en arramblar algunas viandas! Quizá lo haga la señorita…

—¿Ella? Está demasiado ocupada «intuyendo» cosas raras.

Alb permanecía sentado en la cama, con cara de mal humor. En ese momento sonó el teléfono, pero no como antes, con leves tintineos, sino con fuerza.

—La llamada es directa —dijo Alb—. Coja el teléfono. El agente lo hizo. Y enseguida anunció:

—Es para usted.

Le llamaba Eslie. Le telefoneaba desde su habitación.

—No hay peligro de que nos oigan. Se me olvidó decirle que en el maletín que el doctor dejó en su habitación, hay algo que quizá le interese. Y ahora voy a entendérmelas con papá…

Cuando Alb se lanzó sobre el maletín, creía que iba a encontrarse con periódicos de aquella mañana.

—¡Pero qué maravilla es esa chica! —exclamó.

El maletín estaba lleno de bocadillos. Mientras la emprendía con ellos, refirió al agente la primera llamada, hecha por el criado Emory.

—Sería en el momento en que me sirvió el primer plato… Cuando regresó con el segundo, yo ya había terminado. ¿Con quién hablaba?

—Con Wolf. Y ni mi padre se hubiera alegrado tanto de que yo estuviera con vida.

¡Gran «amigo» ese Wolf!

El agente lo miró extrañado.

—¿Usted lo cree amigo? Alb rompió a reír.

—¿Por qué no? Yo significo para Wolf un cheque en blanco… O más aún: Su propia vida. ¿El teniente tiene vigilada su casa?

—Sí.

—Pronto hará Wolf una visita.

En aquellos momentos la estaba haciendo, en la casa de Alvy Connally.

CAPÍTULO VI

Eslie se limitó al principio a leves insinuaciones, acerca de lo que «sentía» por Alb. Y su padre no se dio por enterado.

Pero al segundo día, cuando estaban almorzando, Eslie se mostró muy alegre y al mismo tiempo muy azorada.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Bagwell.

El criado Emory entraba y salía atendiendo la mesa.

—Nada, papá. Que estoy muy contenta…

—Ya lo veo. Pero también pareces muy apurada.

—Es que Alb ha vuelto en sí. El doctor me ha asegurado que está fuera de peligro. Pero que necesitará algún tiempo para recobrar sus fuerzas. ¡Y yo quiero que la policía deje a Alb en paz! Así lo he convenido con él.

—¿Con Alb? ¿Qué has convenido?

—Que no hable de nada que se refiera a aquella maldita noche. ¡De nada! Y él también lo desea. ¿Sabes qué me ha pedido?

Bagwell movía la cuchara, temblando de ira.

—¿Qué te ha pedido?

—Que ahuyentemos a la policía. Sobre todo al teniente Huston. ¡Le tiene verdadera antipatía! Y si tú quieres, papá, mientras Alb permanezca en nuestra casa, nadie se atreverá a importunarlo.

Bagwell golpeó la cuchara contra la mesa.

—¡Dios mío, lo que me imagino…!

—¿Qué, papá?

—¡Que te has burlado de mí al decirme que te interesaba mi causa! ¿Qué va a importarte que tu hermano fuera una víctima de las drogas? ¡Tú has utilizado ese recurso para meter a ese individuo en casa!

Eslie inclinó la cabeza, como abrumada.

—Así es, papá…

—¡Y lo confiesas!

—Debo ser sincera contigo. De todas formas, te darías cuenta de lo que siento por Alb.

—¿Y qué sientes por ese camorrista?

—Amor…

—¡Porras! Escucha, buen palmito: ¿Sabes lo que ese mastuerzo hace con la primera muchacha de buen ver que se le pone al alcance?

—Conmigo será distinto, papá. Yo le comprendo bien; es generoso, valiente, un poco alocado… Pero es porque le sobra inteligencia y fuerza física para una empresa tan pequeña como escribir en un periódico. Él está dotado para emprender cosas grandes. En los negocios, en la política, destacaría mucho… En la política sobre todo. ¡Eso es! Tiene un buen nombre. Tú y tus amigos podríais apoyar la campaña para senador, y más tarde para gobernador de este Estado… ¿No sería una buena manera de sanear esta parte del país, tan podrida?

Por unos momentos Bagwell estuvo escuchándola atraído por la idea de Eslie. En vez de tratar de aniquilar a los «gangsters» con reportajes, hacerlo desde un puesto legislativo.

—Podría ser… —Y de pronto Bagwell dio con los puños sobre la mesa—: ¡Pero has metido la pata al hablar tan claro! ¿Tú, enamorada de ese tarambana? ¿Tú, una más en su lista de líos? ¡Te irás a Europa!

—¿A qué?

—¡A ver museos!

—¡Me cargan!

—Será ahora… Siempre te ha interesado el arte.

—Y sigue interesándome. Pero nada me importa tanto como Alb. Lo he comprendido ahora que lo tengo al lado, y que he temido que fuera a morir…

Eslie se levantó y rodeó la mesa, para quedar junto a su padre. Le pasó un brazo por la espalda y se puso a acariciarle la cabeza.

—Papá, no quieras parecer un mezquino, fingiendo que crees que Alb repara en tu dinero.

—No es eso… Es que ese muchacho es de manga ancha para tratar con mujeres y… Ella lo interrumpió.

—Para, mírame.

Y volvió a rodear la mesa, con paso rápido. Quedó frente a él, erguida, el bellísimo rostro con expresión de picardía. La juventud de su cuerpo, la perfección de sus contornos, eran un relámpago de hermosura.

—¿No me crees capaz… para que durante este tiempo en que Alb todavía va un poco al garete, se olvide de todas? Es la primera vez que tú y yo tenemos una conversación íntima… No me defraudes, papá.

Era cierto. Ésa era la primera vez en que Bagwell sintió muy cerca a su hija, descubriéndole sus más íntimos sentimientos. Eslie vio que se emocionaba, y casi sintió remordimiento. «¡Si supieras que todo esto es parte del juego, papá!».

Pero de pronto quedó abstraída, escuchándose a sí misma. ¿Todo era farsa? Desde luego, regía en ella la idea de que debía desplazar de Alb el recuerdo de todas las demás mujeres, convertirlas en sombras, en figuras de humo que ella ahuyentara convirtiéndose en ciclón.

—Está bien, hija mía… No quiero ponerme en contra tuya. Confío en tu sensatez para que con el tiempo te des cuenta de que todo eso es llama de muchacha inexperta. Concretando; ¿qué quieres que haga?

—Que ahuyentes a la policía. Que disponga Alb de unos días de total reposo… Todas las mañanas lo bajaremos al jardín. Y si él lo pide, también por la tarde… Es fuerte y se recuperará pronto. Eso pido nada más. Medítalo. Luego me darás tu decisión.

Antes de salir del comedor besó a su padre. Bagwell quedó ensimismado. Advirtió que Emory quitaba los cubiertos y levantó la cara.

—¿Qué harías tú en mi lugar, Emory?

—No tengo el conocimiento del señor.

—Fui demasiado tolerante con mi hijo… Si lo soy ahora con Eslie… Pero si me opongo, corro el peligro de que ella se cierre a ese absurdo capricho. Porque esto no es más que un capricho de juventud.

—Opino lo mismo, señor. Y pienso que si usted no pone obstáculos, esto pasará pronto.

—¿Verdad?

—Los obstáculos son leña que vigorizan lo que en principio no era más que una llamita de fósforo. Me refiero a situaciones como ésta.

—Sí, Emory. Y creo que lo mejor será acceder a lo que Eslie me ha pedido. Veré de convencer al teniente para que retire a su agente.

—Lo creo acertado, señor. Como siempre, el señor sabe llevar un asunto, por delicado que sea.

—Nunca me he sentido más confuso que ahora, Emory, te lo confieso.

—Se comprende, señor.

* * *

Una noche, en el «Crystal», Wolf tuvo una importante visita. Uno era Connally. El otro, un tipo rudo, de facciones vulgares.

—Stanton mismo te dirá lo que he hecho en tu favor —dijo Connally, apenas los tres estuvieron en el despacho.

—He retirado la acusación contra ti —manifestó Stanton—. He reconocido que me equivoqué; que eran tipos no controlados los que invadieron mi zona.

—¿Qué te parece? —preguntó Connally.

—Muy bien. Pero sin que esto sea desconfiar de vosotros, ¿cómo sé que en las alturas creen en mi inocencia? —objetó Wolf.

Connally, sonriendo, metió una mano en un bolsillo interior y sacó un pliego manuscrito.

Se lo dio a Wolf y éste lo leyó con gran ansiedad. En ese documento Connally se reconocía culpable de la muerte de Wolf, si éste moría de manera poco clara.

Además, declaraba que Greg Wolf había tenido una conducta irreprochable con todos sus amigos.

—Eso te lo puedes guardar. Mételo en un Banco o donde mejor te parezca —dijo Connally—. ¿Satisfecho?

—Sí… Pero Stanton se ha limitado a hablar. No se ha comprometido por escrito.

—Porque Stanton queda como garantía mía —replicó Connally —. Yo he cumplido mi parte. Pero la tuya puede fallar…

—¿Fallar, por qué?

—Nos conocemos, Wolf. Al sentirte seguro, puedes caer en la tentación de traicionarme.

Wolf se echó a reír.

—¡Lo haría! Pero no ignoro que alguien se encargaría de vengarte. Así que… para más seguridad tuya, tú mismo verás cómo liquidan al periodista Kerley.

—¿Te burlas?

—No temas que te complique. Será una muerte… por «accidente».

—¿Dónde está?

—Mañana te lo haré saber. Cuando yo te envíe mi plan, tú no tendrás más que decir:

«Conforme». O en caso contrario, pedir un aplazamiento…

—¡Aplazamiento, no! ¡Si está repuesto, puede haber hablado…!

—Ten la seguridad de que no. Todo se desenvuelve a nuestro favor. Ahora está entretenido en contemplar un cuerpo bonito… No hay policías a su alrededor. Todo lo más tarde mañana al mediodía sabrás el sitio y el plan. Te será fácil llegar hasta su escondite, sin despertar sospechas.

Connally y Stanton se consultaron con la mirada.

—No creo que Wolf opine que es momento de bromear —dijo Stanton.

—Mal te iría, Wolf —dijo sordamente Connally—. Stanton controla muchachos que tú desconoces.

—Lo imagino. Será un juego limpio, Connally. No tengo otro remedio. Rompió a reír.

* * *

Parecía efectivamente que Eslie no tenía más propósito que borrar de la mente de Alb la imagen de cualquier otra mujer.

Su padre, observándola desde un ventanal, comentaba junto a Emory:

—¡Mi hija es un diablo! Lo va a volver loco.

La muchacha aprovechaba todos los momentos en que Alb era sacado al jardín en una silla de ruedas, para tomar el sol. Entonces ella decía:

—¡Voy a bañarme!

Corría a la casa y al poco aparecía con el blusón estampado, flotando al aire, descubriendo su magnífico cuerpo, de piel bronceada, casi totalmente desnudo.

Subía al trampolín y se lanzaba al agua haciendo toda clase de suertes. Alb, con el cuerpo cubierto de vendas, un brazo inmovilizado por el vendaje, el otro aparentemente sin energía, miraba absorto a la muchacha.

Había momentos en que asomaban a sus ojos chispas de odio. Una de tantas veces, Elsie se arrimó nadando al borde de la piscina donde estaba Alb y sorprendió una de esas hostiles miradas.

—¿Qué te ocurre?

—¡Que maldigo el momento en que te hice caso! —contestó sordamente Alb. Desde que la muchacha tuvo la «confesión» con su padre, ella y Alb se tuteaban.

—¿Qué hay de malo en que te dejes llevar por mí?

—Estoy obligado a aparentar que no tengo fuerzas. Por idea tuya, has hecho que me sujeten un brazo al pecho…

—Dispones del otro.

—Apenas puedo moverlo, por el vendaje que han puesto en las articulaciones, también por idea tuya. ¿Qué fin lleva esto?

—Lo sabes tanto como yo —contestó Eslie, riendo.

—Ése es tu doble juego. Aparentemente lo haces para que el enemigo se confíe. Pero en realidad, para revolver mí sangre sin que yo pueda darte la respuesta.

Ella entornó los ojos, sonriendo, y contestó:

—Quizá… Y tú tienes la culpa. Besas más que hablas… Alb respiró hondo, mirándola.

—En cualquier momento, no habrá necesidad de que me sujeten estos vendajes. Para entonces, Eslie… procura que haya muchas millas entre los dos.

Ella se agarró al borde de la piscina, apoyó la planta de los pies en la pared y se dispuso a utilizarlos de catapulta, para nadar cara arriba. Lo hizo en el momento en que contestaba:

¡No te tengo miedo!

Hendía el agua, alejándose de él, mirándole, envuelta en espuma. Aquella mañana, ya cerca del mediodía, Eslie repitió su juego.

Pero estuvo poco en el agua. Salió y corrió a la casa, para

vestirse. Corría empujada por un presentimiento.

Fue a vestirse en la habitación de Alb. Cuando aún estaba secándose el cuerpo, completamente desnuda, el teléfono dio unas leves señales.

El número lo había marcado Emory, desde el teléfono de la biblioteca. Dijo, como consigna:

«—No estoy seguro de haber marcado bien…». Enseguida llegó la respuesta:

«—Por la voz me parece el pariente de Ken… ¿Acierto…?».

«—Sí. Soy el pariente de Ken…».

A partir de este momento, quien más habló fue el que estaba en el otro extremo de la línea: Greg Wolf.

De haberla podido ver Alb en aquellos momentos, habría comprobado que estaba llegando su hora de desquite. Eslie temblaba, no porque estuviera desnuda, con el cuerpo húmedo.

Incluso palideció. Cuando Emory colgó el teléfono, Eslie procedió a vestirse rápidamente.

Descendió la escalera en el momento en que Emory y otro criado subían a Alb, sentado en la silla. El periodista decía:

—Cada vez le estoy más agradecido, Emory. También a usted —se refería al otro criado—. Pero es que Emory y yo hemos tenido nuestras rozaduras.

—¡Quién se acuerda de eso! —contestó Emory, sonriendo.

Eslie ya había descendido unos escalones cuando al verlos empezó a retroceder, forzando un gesto risueño. Cuando la silla de ruedas estuvo en el último escalón, dijo la muchacha:

—¡Déjenmelo a mí! Pueden irse…

Emory miró al otro criado autoritariamente y le hizo un gesto para que obedeciera.

Los dos criados emprendieron el descenso, mientras Eslie empujaba la silla de ruedas hacia la habitación de Alb.

En el suelo se veía agua y sobre una silla la toalla con que Eslie se había secado.

—¡Menos mal que no han entrado ellos! —comentó Alb—. ¿Por qué te has vestido aquí? ¿Quieres dejar en el aire algo de tu condenado cuerpo?

—¡Cállate! ¡He tenido un presentimiento! ¡Va a ser esta tarde…! Connally en persona vendrá…

Alb quedó serio. Ella le observaba.

—Será peligroso permanecer tan inmovilizado —dijo Alb.

—¡Pienso lo mismo! ¡Haremos otro vendaje!

Y se puso a quitarle las vendas. De pronto se sintió cogida por la espalda. Iba a protestar, pero la boca de Alb le apresó los labios.

La estrujó contra su pecho, mientras parecía querer arrancarle la vida con un beso largo y succionante.

Cuando la soltó, Eslie tenía el rostro encendido, los ojos brillantes, toda ella temblorosa.

—¿A que… lo echo todo a rodar?

—Tenía derecho a acariciarte, sin peligro a arrepentirme. Has estado valiéndote de mi inmovilidad para desplegar ante mí una serie de coqueterías que nunca he visto en otra mujer.

—¡Lo hice para darte una lección! Me llamaste niña boba… Alb soltó una carcajada.

—¡Diablo! Lo que yo quise decir…

—¡Sé muy bien lo que pensabas! Ahora tú dirás si esto ha de seguir adelante.

—¿Y por qué no?

—Pero has de prometer no molestarme.

—No es necesario que lo prometa. Sólo podré acariciarte con la mirada, porque vas a tener que ponerme el vendaje como lo tenía antes.

—¡No! —exclamó Eslie, palideciendo.

—¿Qué pasa?

—Será demasiado peligroso.

—Peor será si Emory advierte algún cambio en las vejadas. Todo debe seguir lo mismo. Y nada de llamadas de teléfono. Tampoco debes enviar a ningún mensajero.

Eslie hincaba los ojos en los de Alb, rogándole.

—¡Si algo fallara…!

—¿Has comprobado el depósito?

—Siempre lo hago; al entrar y al salir de la piscina.

—Tendrás que bañarte esta tarde… Y cuando yo mueva la cabeza, te retirarás.

Eslie se puso a vendarlo como estaba al principio. Ya cuando lo sabía inmovilizado, pegó la cabeza contra su pecho.

—¡Estoy asustada!

—También yo… No es fácil aguantar en frío que asome la muerte. Pero todo saldrá bien. El único peligro es que al descender la escalera…

—¡Ah, no! Cuando te bajen, estaré contigo. Eslie se hallaba de rodillas, frente a él.

—Eres valiente.

—¿Tú, no?

—Lo mío es distinto. Esto es parte de mi trabajo.

Con tanta sinceridad lo dijo, que ella se incorporó y lo besó en la boca.

—Premio a la modestia —murmuró, confusa.

Más tarde, durante el almuerzo, Bagwell anunció a su hija:

—Esta tarde tendremos visita. Hombres de negocios… Entre ellos estará Connally. Yo creo que viene a husmear si está aquí Kerley.

—¿Y qué tiene que ver Connally con Alb?

—Verás, fue a él a quien le pedí hace tiempo que influyera en el propietario del «Crystal» para que empleara a esa pobre muchacha… Debe estar preocupado.

—¡El sabrá por qué! Y si esperas que yo y Alb disimulemos que él está aquí, y que nos queremos, estás en un error. Esta tarde él y yo saldremos al jardín… ¡Queremos que nos dejen en paz! ¿Es pedir mucho? Alb está dejándose llevar por mí… Ya me ha prometido no meterse en más líos.

Emory no se apartaba del comedor. La muchacha siguió discutiendo con su padre, cada vez más acalorada, como si no advirtiera que no estaban solos.

CAPÍTULO VII

Connally, ocultándose iras los oíros visitantes, vio cómo descendían a Alb entre dos criados. Iba sentado en la silla de ruedas y la menor sacudida parecía molestarle, apuntando un gesto de dolor.

Cuando llegaron al final de la escalera coloca, ron la silla en el suelo. Eslie no se había separado un solo instante de Alb, durante el descenso, dispuesta a echarse sobre él tan pronto advirtiera un movimiento sospechoso por parte de Emory.

Por teléfono conocían ella y Alb el siniestro plan que Emory tenía convenido con Wolf, pero hasta el último instante existía el riesgo de que lo cambiaran.

La silla pasó muy cerca de donde estaban los visitantes. La muchacha los saludó, con un movimiento de cabeza y siguió junio a los criados que empujaban la silla.

Quedaba la escalinata de mármol. Luego ya se encargaría solamente Emory de empujar la silla hacia el lugar de siempre, muy cerca de la piscina.

Eslie ya iba preparada para el baño. Cubierta con el blusón que dejaba ver sus prietos y largos muslos, pasó junto a los personajes dejando como una estela de luz.

Connally la devoró con los ojos, después de dirigir una escrutadora mirada a los vendajes de Alb. Por unos momentos apuntó en su mente la idea de que hubiese engaño en aquel vendaje.

Luego pensó que él no perdía nada, en el supuesto de que el golpe fallase. Todo era asunto de Wolf y del criado.

—Pasemos a la sala de siempre —dijo Bagwell—. Allí nos servirán.

Desde aquel sitio se podía ver la piscina a través de un ventanal.

Cuando llegaron, Connally comentó:

—Su hija es preciosa, señor Bagwell.

—¡Y una gran picara! Se ha propuesto marear a ese botarate, y lo está consiguiendo.

—¿Cómo es que lo tienen aquí? He oído decir que se vio metido en un tiroteo…

—Sí. Y lo tenemos en casa por una artimaña muy femenina. Mi hija lo ha convencido de que aquí tiene el sitio adecuado para reponerse… Pero ¿saben lo que busca en realidad? —Bagwell se quedó mirando a todos, sonriendo. Connally lo miraba fijamente—. Mi hija oyó algunas de las impertinencias que Kerley me dijo, el día que lo despedí del periódico. Y se propone hacérselas pagar. ¡Mírenla!

En ese momento Eslie saltaba del trampolín y manteniendo una figura impecable, enfiló el agua.

—¡Es tan hermosa como buena nadadora! —comentó uno de los personajes, verdaderamente entusiasmado.

Alb permanecía sentado en la silla de ruedas, con el freno puesto. A su lado permanecía Emory. Éste aplaudió.

Eslie tardó unos momentos en emerger la cabeza. Cuando lo hizo miró a Alb y rompió a reír.

Era la consigna de que todo estaba en orden.

—¡Muy bien! —exclamó Alb—. Pero ¿por qué nadas ahora? Me molesta que vuestros invitados te vean… Esta tarde debes dedicármela a mí.

Eslie salió de la piscina y emprendió la escalera del trampolín, riendo.

—Esta vez solo —y se lanzó al agua.

Tardó en emerger. No parecía fiarse de que en el fondo de la piscina todo estuviese en orden.

Cuando salió, no parecía nada fatigada. Se dio cuenta de ello y fingió que tenía dificultad para hablar.

—¡Esta vez… he prolongado demasiado…!

—¡Sí! —dijo Alb—. ¡Ya estábamos asustados! ¿Por qué esa manía de prolongar tu permanencia bajo el agua?

—Me gusta. Bajo el agua… me olvido de todo.

—A mí me ocurre lo contrario. Me acuerdo de todo lo que dejo arriba y salgo enseguida.

—Porque no puedes aguantar.

—Es cierto. Nunca he podido —confesó Alb, como si esa inferioridad ante ella lo cohibiera.

Ella salió goteando agua y fue a situarse frente a él.

—Todos no somos iguales. Yo no puedo dar los puñetazos que tú aplicas —y como de pasada miró a las mandíbulas de Emory.

El criado sonrió.

—Es cierto. Golpea duro.

—Voy a cambiarme. Saldré enseguida.

—Yo aguardaré su regreso —dijo Emory—. Aunque puede ser que en la casa me necesiten.

—Yo volveré enseguida —dijo Elsie, echando a correr. Alb dijo, muy alto:

—Váyase, Emory. Tienen invitados.

—La señorita lo ha de decir. Eslie se volvió y dijo:

—Bien. Quédate solo, Alb… Y piensa en mí.

Rió, muy nerviosa y se volvió de cara a la casa, para que Emory no apreciara su palidez.

Subió corriendo la escalera. Cuando desapareció en el interior de la casa, sonó un leve ruido en los muelles de la silla. Un pie de Emory presionaba en el resorte del freno.

—¿Qué hace?

—Comprobar los muelles.

—No se preocupe. Puedo empuñar la palanca con el brazo libre.

—Ya sé. Pero poca fuerza podrá hacer con él.

—Suficiente para que el freno no falle.

—Muy bien. Si tuviera que utilizar la palanca, piense en que me está aplicando un puñetazo, y haga fuerza.

—La haré.

Emory se encaminó a la casa. Y fue directo a la sala en que estaban los invitados. Enseguida se hizo cargo del servicio.

Con la bandeja donde había varias copas, fue pasando frente a los invitados. Y la última copa la sirvió a Connally, que se encontraba junto al ventanal.

Emory y Connally se miraron.

—¿Este combinado está a punto? —preguntó Connally, al coger la copa.

—Tal vez le falte reposar «unos segundos»…

Miró a la piscina. El cochecito empezaba a deslizarse hacia la piscina.

—Beba ahora, señor.

Connally lo hizo mirando hacia el jardín. Vio a Alb empuñando la palanca, como para impedir que la silla se deslizara. Pero la palanca quedó libre, sin ejercer ninguna presión sobre el freno.

El cochecito llegó al borde de la piscina y desapareció con su carga.

Podían ver la superficie del agua. Tras los primeros remolinos, todo fue quedando liso, quieto.

Cabrilleaba el agua, recogiendo hojas secas de un árbol de sol.

Transcurrieron algunos minutos. Los personajes se hallaban entretenidos hablando con Bagwell.

Connally quedó solo frente al ventanal. Emory salió hacia la cocina. Al momento funcionaba el teléfono.

Arriba, Eslie envuelta en la toalla, había presenciado la desaparición de Alb. Y varias veces estuvo a punto de gritar. ¡Si algo hubiera fallado! ¡Si Alb no hubiera podido librarse del vendaje para llegar hasta donde estaba lo que le podía permitir permanecer bajo el agua durante mucho tiempo…!

Se cubrió el rostro con las manos, y sollozó. De pronto le pareció que todo había sido criminalmente absurdo.

El leve tintineo del teléfono la serenó. Cogió el aparato.

Era Emory, dando la consigna, preguntando por el «pariente Ken». Le interrumpieron con impaciencia. «¡Sí! ¿Qué?». La respuesta de Emory: «Todo en orden». Del otro extremo de la línea, la voz impaciente de Wolf: «¿Él lo ha visto?». «Sí. Y ha bebido una copa».

Eslie no se decidía a salir de su habitación. Tan pronto el teléfono dejó de funcionar, se situó de nuevo frente a la ventana, mirando a la piscina.

Con unos prismáticos miró hacia el sitio donde suponía que debía encontrarse Alb, en el lugar más profundo. Escrutaba la superficie del agua, con verdadera angustia.

De pronto sintió impulsos de gritar de alegría. ¡Sí, eran burbujas las que punteaban una pequeña área!

Eslie ya se hallaba vestida cuando la asaltó el temor de que alguien diera la voz de que Alb había desaparecido del jardín.

—Quizá ningún invitado ha reparado en que quedaba frente a la

piscina —murmuró.

Pero si transcurría mucho tiempo, alguno de los criados podría dar la voz de alarma. ¡Y si investigaban…!

El ruido de coches la hizo asomarse a la ventana. Eran los invitados, que se marchaban.

El primer coche que emprendió la marcha lo conducía Connally. Levantó un brazo, saludando a Bagwell, que se encontraba en la escalinata.

Luego pasaron tres coches más.

Eslie descendió la escalera, llevando un vestido abierto por delante. Al pie de la escalera estaba Emory.

—¿Todavía estaba arriba, señorita?

—¿Por qué?

—El señorito Kerley se estará aburriendo. De saber que iba a tardar tanto…

—A Alb le gusta la soledad —contestó ella. En la terraza estaba su padre.

—¿Dónde os habéis metido? De repente tú y Alb habéis desaparecido. ¿Está arriba?

—No… Emory, acompáñeme —dijo Eslie.

El criado dudó. Enseguida, viendo cerca al otro criado que le ayudaba en el transporte de la silla, le hizo un ademán autoritario.

—¡Vamos!

La muchacha iba delante. Bagwell se quedó en la terraza. Pensaba que Alb se encontraba tomando el sol, oculto por algún macizo. Era lo mismo que pensaba el criado que acompañaba a Emory.

Eslie se situó a un extremo de la piscina, en el sitio opuesto al de las burbujas.

—¡Emory! ¡Mire ahí!

El criado se inclinó. Entonces la muchacha le dio un empellón, echándolo al agua.

El otro criado, sorprendido, iba a soltar la carcajada, porque si a alguien odiaba era a Emory, cuando quedó perplejo al ver que la muchacha le daba una automática.

—Apúntele a la cabeza para que no salga de la piscina… ¡Es un asesino!

Una vez le hubo entregado el arma corrió al otro extremo de la

piscina, desabrochándose el vestido mientras corría. Apareció en traje de baño. Y se zambulló.

Tardó en salir. Junto con ella asomó una cabeza que al primer momento pareció la de un monstruo.

Era la mascarilla que conectaba con el balón de oxígeno situado en el fondo de la piscina.

Para Emory, que de pie en el sitio menos profundo de la piscina miraba hacia el lugar en que aparecieron las dos cabezas, la de Alb sí le pareció la de un monstruo.

En la profundidad Alb se había desprendido de las vendas, utilizando un cuchillo. Las había atado al tanque de oxígeno, pero al moverse y patalear, se soltaron y empezaron a aparecer en las superficie, como serpientes blancas.

Emory miraba desencajado cómo Eslie y Alb —éste ya sin la máscara— braceaban hacia él. Mientras nadaban, Eslie preguntó:

—¿Tuviste dificultades?

—Alguna.

—¿Con el depósito? ¡Yo lo revisé! ¡Las válvulas funcionaban!

—No fue el depósito —contestó Alb. Ya cerca de Emory, dijo él:

—Quédate atrás.

Dando brazadas rápidas llegó a donde estaba Emory.

—¡Ahora pongo todas mis fuerzas, cobarde…!

Chascó el puño en las mandíbulas del espantado Emory. Y éste desapareció bajo el agua.

—¡No lo dejes! —gritó Eslie—. ¡Nos interesa vivo!

—No lo dejaré. Voy a pescarlo —y enseñó un hierro en forma de horquilla, con las puntas afiladas.

Enganchado de la ropa por la espalda sacó a Emory. Ya fuera de la piscina dejó el gancho en el suelo y le golpeó con el pie.

—Esto creó la dificultad —dijo Alb—. En el último momento me aplicó esta horquilla entre los vendajes y la silla.

Eslie palideció, imaginando el momento en que Alb, impedido por los vendajes y la silla tuvo que luchar para alcanzar el tanque…

—¡Repugnante reptil! ¡Tus acatamientos y tus sonrisas de hipócrita y cobarde…! ¡Veremos si Wolf y Connally te ayudan ahora…!

Bagwell y la servidumbre corrían hacia la piscina. El criado que tenía el arma ya se había repuesto de la sorpresa y le estaba

tomando gusto a su papel de guardián.

—Si confían en mí, les prometo que como ese sapo intente escapar… Alb esperó a que todos estuvieran cerca.

—Sé por Eslie que todos ustedes son de confianza —dijo a la servidumbre—. No hay que hacer más que dar la sensación de que aquí ha ocurrido una desgracia. Usted, señor Bagwell, vea de fingir que me aprecia y comunique al teniente Huston mi «accidente». Sobre todo, que parezca que de veras lo siente…

Bagwell se sintió molesto por la ironía de Alb y le espetó:

—¡Pues estoy muy afectado… aunque usted no lo crea!

—Lo creo. Usted querría que yo no hubiera salido de ahí con vida.

—¡Acertó!

Era cuando ya se dirigían a la casa.

—¡Por Dios! ¡Ambos estáis locos! —exclamó Eslie.

—¡Espera, que para ti tengo también algo! —anunció Bagwell.

—¡Dilo!

—¡Cuando estemos a solas!

Y a solas, se encontró con que Eslie se quedó mirándolo, de frente.

—Di, papá.

—¡Conque el niño estaba grave! ¡Conque yo no era de fiar…!

—Importaba la máxima cautela.

—¿Eso solo? ¡Lo que querías es que yo me confiara, dejándote a solas con él! ¡Imbécil de mí! ¡Ante mis propias narices! ¡En mi casa, los dos encerrados en la misma habitación, yo creyendo que verdaderamente apenas podía moverse! ¡En volandas lo bajaban, lo subían, mi hija se quedaba con él…!

Eslie seguía mirándolo de frente, muy seria.

—¿Así me conoces, papá?

—¡Di ahora que no has coqueteado con ese individuo!

—¿Por qué tenía que negarlo? Pero ha sido a la vista de todos —y señaló en dirección a la piscina—. Era parte del juego… Llama al teniente Huston. Es el momento.

—¡Hazlo tú!

—No, papá. Yo no podría conseguir el tono adecuado. Hazlo tú, que estás alterado.

—¿Tú no?

—Sí. Pero es de alegría… Y no es el estado que conviene para anunciar una «mala noticia».

Bagwell cogió el teléfono y pidió comunicación con el teniente Huston. Anunció el «accidente» de Alb tan a la perfección, que cuando colgó Eslie lo besó.

—¡Papá! Cualquiera diría que al imaginar a Alb muerto… te has emocionado.

—¡Vete a la porra!

* * *

Los coches de la policía, luego la ambulancia, más larde las puertas y ventanas cerradas, el jardín solitario, dieron la nota adecuada.

Si había observadores, no pudieron dudar de en la finca de Bagwell había ocurrido un suceso dramático.

En la ambulancia salió Alb. También el teniente Huston, quien se daba a todos los demonios.

Era por lo del gancho qué en el último momento estuvo a punto de hacer que Alb pereciera ahogado.

—¡Vaya par de ingenuos! ¡Ustedes y esa monada de chica han estado demasiado encandilados para reparar en los pequeños detalles! ¡Las cosas pequeñas son las más peligrosas! ¿Es que no lo sabía?

Alb, sonriendo, contestó:

—Demasiado. Pero son inevitables, para los delincuentes, para la policía… y también para los periodistas. A propósito, mañana voy a tener el placer de dar una alegría a muchos compañeros de profesión…

—¿Por qué?

—Deben dar la noticia de mi muerte.

—No corre prisa.

—Que no la den esta noche por radio, ni salga en la edición de esta tarde, puede estar justificado. Pero retrasarla hasta el extremo de que no la den mañana, podría resultar sospechoso.

—La noticia de Mary, y más tarde la de Rina, se retrasó más de veinticuatro horas.

—Mi caso es distinto. Además, ¿por qué no dar esa alegría a

algunos compañeros?

—¡Es usted inaguantable! Alb rompió a reír.

—Bromeaba… La verdad es que yo creo que la «cosa» ocurrirá esta misma noche.

¿Tiene la gente preparada?

—Sí. Muchos ya están situados…

—¿Qué puesto me destina?

—Por mi gusto, yo lo dejaría en una celda, con doble guardia. Pero comprendo que sería injusto, ahora que parece que se va a recoger la cosecha. ¿Qué sitio prefiere?

—El domicilio de Wolf.

—¡Menos mal! —exclamó el teniente Huston.

Porque si todo salía, como presentía, la mayor «fiesta» se produciría en el «Crystal Club».

* * *

Aquella noche, Wolf se retiró a su compartimiento antes de cerrar el club. Al oprimir el timbre, tuvo la primera sorpresa.

No le abrió el gorila Lasker, sino un agente.

—Pase. Está en su casa, Wolf.

La segunda sorpresa, la que le dejó petrificado, fue ver a Alb sentado en un sillón, cabalgando una pierna sobre la otra, sosteniendo con una mano un vaso de *whisky* con soda.

—Su lugarteniente está maniatado en el otro departamento —dijo Alb—. Por aquí hay esparcidos muchos micrófonos, pero ahora están inactivos. Funcionarán cuando llegue la «visita» que imaginamos…

Wolf temblaba, con el rostro encendido. La cólera y el miedo lo poseían.

—¿Imagina quién vendrá? —siguió preguntando Alb.

—¡Sí! ¡Esto ha sido una encerrona!

—Se equivoca si piensa que hemos advertido a Connally que ha sido víctima de un engaño. El cree de verdad que terminaron conmigo. Y como de un momento a otro puede aparecer, le propongo un trato; es seguro que usted se prestó a utilizar a Emory contra mí, por algo que Connally le prometió o le dio. ¿Voy bien? Le advierto que desde el domicilio del señor Bagwell hemos seguido

todas sus instrucciones al criado Emory. Eso le compromete… Piénselo. Ya que usted no parece complicado en la muerte de Mary Dolgin, ni tampoco en la de Rina, remedie su situación. La cabeza por lo menos la podrá salvar, si nos promete entregarnos lo que tenga contra Connally…

—¡Yo no tengo nada!

—No sea leal con quien no lo merece. Si viene Connally, recíbalo en plan de amigo… Y déjele hablar. Nosotros estaremos al tanto… ¿De acuerdo?

Un cuarto de hora más tarde llamaban en la puerta. Wolf abrió.

Connally y su lugarteniente Hans entraron. Otros individuos quedaron en el pasillo.

—¿Vienes a celebrarlo? —preguntó Wolf.

—Sí… Todo salió muy bien, Wolf. —Connally miró el reloj—. Pero falta una cosa, para que todo quede perfecto… Dentro de tres minutos habrá una llamada. ¿Sabes? Desde dentro del «Crystal». Allí estarán ya los muchachos de Stanton…

—¿Por qué? ¡Yo he cumplido!

—Tú tendrás experiencia con las tontas que desfilan por tu club, pero no sabes nada de hombres como yo… La Organización te tiene sentenciado. Tu única salida es escapar del país, y esconderte, hasta que la situación se enfríe. Dame el documento y yo te facilitaré la puerta de escape…

—¿Cómo a «Ojos de Miel»? ¿Cómo a Rina? Mejor dicho: ¿cómo a Irish?

—Irish era una pécora. Mary, una soplona… Pero tú, Wolf, eres un hombre que vale mucho. Tal vez demasiado ambicioso, pero buen sujeto… Devuélveme lo que te entregué, y el «Crystal» se salvará. Te lo compraré a buen precio…

Sonó el timbre del teléfono.

—Coge tú el aparato, Wolf.

Obedeció. Desde el otro extremo le preguntaron: «¿Quiere oír ruido, Wolf? Estamos en su club, con las hachas preparadas…».

Iba a dejar el teléfono, cuando Connally se lo quitó de la mano.

—¡No cuelgues! —Y siguió hablando por teléfono—. ¡Si dentro de un minuto no he dado una orden en contra, empezad! No colgaré, para que Wolf oiga la «música».

Dejó el auricular sobre la mesita, y dirigiéndose a Wolf

preguntó:

—¿Me das el documento?

—No lo tengo aquí.

—¿Dónde, pues?

—En el club.

—Peor para ti. Si no dices el sitio donde está, los muchachos le pegarán fuego al local.

El lugarteniente de Connally permanecía tieso, con las manos en los bolsillos donde se adivinaba un arma de fuego.

Connally se quedó mirando el reloj de pulsera.

—Quedan veinte segundos… Quince… Diez… Iba haciendo pausas.

—¿Me das el documento? Cinco, cuatro, tres…

Dejó de mirar el reloj para dejar colgando los brazos, adoptando una actitud de indiferencia.

—Escucha, Wolf —y señaló el auricular—; empieza la fiesta.

Se oyeron golpes de hachas contra los muebles. Y cristales rotos.

—Tengo a un muchacho junto al teléfono, esperando mi contraorden. ¿Qué le digo? —Y cogió el aparato, aplicándoselo al oído.

De pronto su rostro se tensó, palideciendo. Se oían ráfagas de metralleta dentro del «Crystal».

—¿Qué es esto? —rugió, dirigiéndose a Wolf.

—Que os esperaban —contestó Wolf, rompiendo a reír, por los mismos nervios que tenía.

—¿Los tuyos?

—No. Los mismos que están ahí afuera, encañonando a tus muchachos: la policía. Connally nunca llevaba armas. Pero su lugarteniente llevaba por él.

—¡Dame! —Y tendió una mano a su subordinado.

Chascó una automática en la mano de Connally. El lugarteniente sacó del bolsillo la otra mano, también armada.

Wolf se dejó caer de bruces al tiempo que Alb gritaba:

—¡Mírame, Connally!

Aun sin la sorpresa, ni Connally ni el lugarteniente hubieran podido disparar con eficacia, porque el presentimiento de hallarse en una trampa entorpecía sus movimientos.

Junto a Alb había dos agentes. El periodista disparó contra

Connally. Los otros, contra el subordinado.

El disparo de Alb atravesó el brazo del gángster y éste soltó el arma. Hans se ovilló, con varios disparos en el vientre, y cayó de cabeza.

Alb, ya cuando Connally y los compinches que estaban afuera no ofrecían peligro, cogió el auricular.

—¿Qué tal, teniente?

—¡No se ha perdido gran cosa! ¡Se han entregado enseguida! ¿Y ahí?

—Todo bien… Y antes que se enfríe quiero decirle que Wolf se ha portado muy bien.

Quiero su promesa de que lo tendrán en cuenta.

—Se hará lo que se pueda, aunque sólo sea por premiar su imbecilidad al fiarse de tipos como Connally.

Wolf ya estaba en pie y pudo oír al teniente. Mirando a Alb, asintió, diciendo:

—¡Por una vez… la policía ha tenido razón! ¡Soy un imbécil!

Y escupió hacia Connally. Momentos después, a la vista del gángster, entregaba el documento a Alb.

Epílogo

Cuando Connally compareció ante un tribunal, la gente ya conocía sus delitos, gracias a los reportajes de Alb Kerley.

Lo que más impresionó fue el infortunio de Mary Dolgin, la muchacha que salió de la cárcel con un odio a las drogas tan inflexible como el que sentía Bagwell, desde que murió su hijo.

Greg Wolf fue condenado a doce años. Con el tiempo saldría, por buena conducta, faltándole cuatro años para cumplir la condena. E iría a refugiarse en Wyoming, donde tendría una granja hasta el resto de sus días.

Emory fue condenado a la misma pena, pero murió en presidio.

Alvy Connally fue juzgado aparte. Recibió el fallo de pena de muerte con una sonrisa. Pero cuando vio que los de fuera nada conseguían, se desplomó y se puso a hablar. En Florida hubo una estampida de personajes que pasaban por decentes manejando negocios legales. En la trastienda de muchas empresas aparecieron muchos trapos sucios.

Algunos no tuvieron tiempo de ponerse a salvo, y pasaron a sentarse ante el tribunal.

Los que no fueron condenados a presidio, tuvieron que desembolsar grandes sumas…

Alvy Connally y dos compinches, a los seis meses del fallo, fueron ejecutados.

Para entonces la firma de Alb Kerley había dejado de aparecer en los periódicos. Los íntimos sabían que se había tomado unas vacaciones.

Sus reportajes habían obtenido un asombroso éxito. Toda una cadena de periódicos de las principales ciudades de América y Europa, los publicaban con una diferencia de horas.

—¿Qué nos irá a pedir Alb? —preguntó un día Bagwell a su hija, quien seguía en la finca.

Por el contrario, Alb se encontraba fuera de Miami, para trabajar con mayor tranquilidad. Se había instalado en una finca que Bagwell tenía en los alrededores de Vero Beach.

—¿De qué? —preguntó su hija.

—De los reportajes.

—¿No habéis concertado el precio?

—No. Me ha autorizado para que le saquemos todo el producto posible, y que al final ya me dirá el precio… ¿Qué crees que se lleva entre manos?

Eslie se encogió de hombros. La pasividad en que parecía permanecer Eslie lo preocupaba.

—¿Tú te escribes con él?

—Alguna vez… Le escribo yo más, que él a mí. Está muy ocupado.

—Claro.

Un día Bagwell visitó a Alb en su refugio. Cuando regresó a Miami, apareció ante su hija como decepcionado.

—Ya me ha dicho el precio; que para las próximas elecciones a senador apoye su candidatura. Piensa armar jaleo en la política.

Eslie pareció indiferente.

—El precio no es desorbitado. Reconoce que Alb podrá dejar surco en la política.

—Sí, lo reconozco. Es muy capaz… Pero un día, un escándalo de faldas puede ser aprovechado por sus enemigos, y ¡se acabó el político!

—Eso dependerá de la mujer que permanezca a su lado —contestó Eslie.

—¿Y qué mujer puede ser ésa? ¡No hay quien controle a ese tipo! En ti hay un ejemplo. Pensé que ya me lo habías mareado… ¿Y qué ha ocurrido?

—Bien, ¿qué ha ocurrido?

—Al despedirme de él le he preguntado si quería algo para ti. ¿Qué crees que me ha contestado?

Eslie lo miraba con tanta ansiedad, que a Bagwell le dolió haber iniciado ese tema.

—¿Qué te ha contestado? —preguntó Eslie.

—Que te dijera… que cuantas más millas hubiera entre los dos… ¿Tú entiendes eso? El rostro de Eslie resplandecía.

—¡Mucho! ¡Es lo mejor que he podido oír!

—¿Te quiere lejos? ¿Tanto te detesta?

—Tanto me teme —contestó Eslie, sonriendo—. ¿Cuántos reportajes le quedan?

—Creo que dos. Por lo menos me ha asegurado que mañana habrá terminado. Al día siguiente un criado entregó una nota a Bagwell.

> «Papá: Búscame en Vero Beach. Estas millas entre los dos las teníamos convenidas, para no estorbar su trabajo, y para estudiarnos cada uno…».

Cuando Eslie detuvo su coche ante el «*bungalow*» de Alb, el periodista surgió entre los árboles, con un rifle en las manos.

Apuntando a las ruedas, preguntó:

—¿Vas a quedarte?

—Puedes pegarle fuego al coche… Ya nos sacará papá de aquí —contestó ella, mirándole, sentada ante el volante, como no creyendo que aquello fuera posible oír, ver a aquel hombre que había constituido su obsesión durante tantos días.

Alb dejó el rifle y fue acercándose.

—No sé cómo he podido concentrarme en el trabajo, Eslie… Me había acostumbrado a tenerte a mi lado. Esta separación me ha hecho mucho daño.

—¡Y a mí!

Levantó el rostro, ofreciéndole los labios, los ojos brillantes de lágrimas.

Pasaron al «*bungalow*». La muchacha, después de curiosearlo todo, procedió a encender fuego para preparar el almuerzo.

—Verás cómo sé algo de cocina…

El la ayudó, trayéndole agua y leña. Nunca se comportaron con mayor inocencia y camaradería. Por eso les molestó que llegara el *sheriff* del lugar diciendo:

—Tengo órdenes de estar con ustedes…

Horas más tarde aparecía Bagwell. El *sheriff* había almorzado con la pareja y bromeaba con ellos.

Bagwell se apeó y dio las gracias a la autoridad. Al quedar solos,

Eslie interpeló a su padre:

—¿Te parece bien lo que has hecho? ¡Telegrafiar a la autoridad! ¿Qué temías?

—¡Nada! ¡Tú verás! ¿Qué vendas le sujetaban los brazos ahora?

—La más fuertes, papá… Alb me quiere, como yo a él. Y nos vamos a casar. No es culpa mía si todavía no has entendido lo noble que es Alb…

—Lo sé. ¡Pero tú eres demasiado bonita! Alb apareció con un brazado de leña.

—Supongo que vendrá hambriento —dijo.

Un momento en que Eslie estuvo fuera, Alb manifestó:

—Todavía no conoce usted a su hija. ¿Por qué ha hecho lo de hoy? Bagwell se sentó cerca del fuego y rezongó:

—¡Al diablo los dos! ¡Por descuidado perdí a Wil! Ahora… ¡Nunca acierta uno! Ya comiendo, teniendo la boca llena, preguntó, mirando a los dos:

—¿Cuándo es la boda?

—Tan pronto lleguemos a Miami —contestó Alb—. Y enseguida descansarás de nosotros —agregó Eslie—. Por unos meses estaremos en Europa, viendo museos.

—¡La atención que vais a prestar al arte! —exclamó Bagwell, riendo.

FIN



A. Rolcest. En el mundo civil se llamaba Arsenio Olcina Esteve. Como muchos, participó en las contiendas de la guerra civil española y le tocó estar en el bando perdedor. Como todos los escritores de esta segunda España, fue represaliado. Dado que los ámbitos superiores de la literatura le estaban vedados, debió dedicarse a escribir folletines y novelitas del Oeste. Para ello con las primeras dos letras de su nombre y apellidos formó su seudónimo literario *post* guerra civil. Se llamó A. Rolcest.

Nació en Alcoy, provincia de Alicante el 15 de octubre de 1909.

A principios de los años veinte volaban muchas ideas revolucionarias en el aire español y particularmente en el hogar de los Olcina. De éstas se nutrió la vida del joven Arsenio y forjó su visión del mundo y de los hombres. Soñaba con el hombre libre, dueño de su voluntad y su destino. Son sus primeros puntos de contacto con el movimiento anarquista.

Tenía intenciones literarias, heredadas de su padre y se volcó hacia la poesía; pero la dura realidad le dijo que ése no era el camino, que para ganarse la vida debía utilizar su pluma en algo más productivo. Entonces, la puso a oficiar de corresponsal de prensa para diversos periódicos de Alicante y Menorca [El Luchador, Diario

de Alicante, El Bien Público].

Fue en éstos donde publicó sus primeros cuentos.

Esta incipiente actividad en el mundo de las letras le acarrearon numerosos problemas con las autoridades, dirigiéndose a Valencia donde vivió algunos años. Allí fue donde en 1932 nació su hija Amalia. Otra integrante de su familia, Amalia Lucila Mataix Olcina (su sobrina) en los años cincuenta y setenta escribió novelas románticas como Lucila Mataix y/o Celia Bravo, fue también autora de literatura de quiosco, dentro del género romántico, y desarrolló una importante labor pedagógica para el mundo infantil.

A. Rolcest fue uno de los escritores más prolíficos dentro del ámbito de la literatura popular, pero a pesar de su volumen y calidad nunca ha descollado con la importancia que merece y con el transcurrir del tiempo se transformó en uno de los autores más injustamente olvidado. Tal vez porque no fue descubierto su trasfondo ideológico, ni entendida la simbología utilizada. No debemos olvidar que recién en la década del 60 se comienza a hablar de semiótica por personas de elevado nivel cultural y las obras de la literatura de quiosco no se consideraban dignas de ser analizadas por esta disciplina. Tampoco el público de masas que leía estas obras estaba muy preparado para analizarlas. Preferían los muchos tiros de Estefanía.